

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Galaxia Corporation

Extraño asunto que comienza con un acertijo aparentemente absurdo e incluso imposible de resolver. Pero nada realmente extraño sucede en esta aventura de Brigitte en la que, como siempre, prevalece la codicia, y siempre a costa del sacrificio y la explotación humana. En apariencia, la cuestión consiste en someter a un país llamado Zailandia para apoderarse de sus minas de platino… sin embargo, esta es solo una de las maniobras, uno solo de los muchos proyectos criminales de esta «Galaxia» de canallas a las órdenes del misterioso y todopoderoso Director General.



Lou Carrigan

Galaxia Corporation

Brigitte en acción - 312

ePub r1.1
Titivillus 12.09.2019

Lou Carrigan, 1981
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

A su regreso de Villa Tartaruga, donde había pasado unos días de dulce vida de amor con Número Uno, Brigitte Montfort se encontró con una gran cantidad de correspondencia acumulada en su despacho del *Morning News*, periódico en el cual prestaba sus servicios desde hacía muchos años, y bastantes de ellos al frente de la Sección Internacional.

Había de todo, desde cartas de admiradores a preguntas y sugerencias en materia de política internacional, pasando por folletos publicitarios, propaganda de libros y revistas, sugestivas indicaciones para que se convirtiese a tal o cual religión…

De todo.

Y además, un acertijo.

La señorita Montfort, que era extremadamente pulcra, ordenada y metódica, clasificó en el acto la correspondencia en orden a su importancia, y la fue despachando sin prisas y sin pausas dando preferencia, naturalmente, a los temas que la merecían. Por lo tanto, el acertijo, que le había hecho sonreír y fruncir graciosamente el ceño, quedó para el final de la jornada. El tiempo, en verdad, no es algo que deba ser desperdiciado.

Y como la señorita Montfort lo sabía aprovechar muy bien, no tardó demasiado en poner la correspondencia y demás asuntos de su trabajo de periodista al día, y casi se podría decir que al minuto. Cumplida esta obligación profesional, que sin duda satisfaría a su director y querido amigo Miky Grogan, la señorita Montfort volvió al acertijo, que había llegado en un sobre al *Morning News* con la indicación bien clara de que era para *Miss* Montfort.

El acertijo, escrito a máquina, decía así:

Usted se encuentra en una gran antesala, en la cual hay dos

puertas. Una de las puertas comunica con los fuegos del infierno, y la otra con el cielo. Frente a cada puerta, hay un ángel de vigilancia. De estos dos ángeles uno siempre dice la verdad, y el otro miente siempre. Usted, como es natural, quiere ir al cielo, no al infierno, y, puesto que tiene derecho a preguntar a los dos ángeles cuál es la puerta que conduce al cielo, la cosa parece simple. Pero no lo es en modo alguno, y tenga bien presente que solo dispone de una oportunidad; una vez haya abierto usted una puerta, ese es el camino que deberá seguir, tanto si conduce al cielo como si conduce al infierno. Tenga presente que no se trata de que usted «adivine» por pura suerte cuál es la puerta del cielo, sino que debe saberlo con toda certeza. ¿Cómo conseguir esto sabiendo que uno de los dos ángeles miente siempre y que usted no sabe cuál es el ángel mentiroso? Porque, claro está, si le pregunta usted a este ángel si él está guardando la puerta del cielo, y él le contesta que no, lo cierto será que sí, que aquella puerta conduce al cielo; si él le contesta que sí, y usted le cree, puede encontrarse camino del infierno. Por el contrario, si resulta que usted ha interpelado al ángel que siempre dice la verdad, se expone usted a no encontrar el camino del cielo por no creer sus palabras. Señorita Montfort: ¿cómo se las arreglará usted para saber CON TODA SEGURIDAD que la puerta que abrirá a indicaciones de los ángeles es la que conduce al cielo?

Atentos saludos.

Atentos saludos… Pero saludos ¿de quién? ¿Un bromista? ¿Un amigo que quería divertirse a costa de ella? ¿Un chiflado? ¿Se trataba de algún juego, quizás? ¿O bien…?

El piso retembló, la puerta de cristal del despacho se abrió bruscamente, y Frank Minello, el más querido amigo de Brigitte, entró en el despacho de esta.

—¡Bueno, ya he terminado! —aulló—. ¿Nos vamos ya, reina de todos los cielos que…?

—Hombre, Frankie —sonrió Brigitte—, ya que hablas de cielos: ¿te gustaría encontrar la puerta que conduce al cielo?

—¿La puerta que conduce al…? ¡Zambomba, ya lo creo que me gustaría! ¡Apuesto a que allí no hace tanto calor como en esta

maldita y putrefacta Nueva York!

—Así lo creo yo también. En todo caso, es seguro que en el cielo no debe de hacer tanto calor como en el infierno.

—¡Desde luego que no! Allá abajo, en el infierno, todo está lleno de demonios con sus largos tridentes de hierro al rojo vivo, con los que le pinchan el culo a los niños que se han portado mal… ¿De qué te ríes, reina de todas las divinidades?

—Me río —rio de nuevo Brigitte— porque mucho me temo que eso es lo que te pasará a ti: que te encontrarás con varios demonios que usarán sus tridentes en tus posaderas.

—¿Qué quieres decir con eso? —Frunció el ceño Minello, sentándose en una esquina de la mesa—. ¿Que soy una mala persona?

—¡Cielos, no! ¡Claro que no, Frankie! Me refiero a que si no adivinas cuál es la puerta del infierno y la evitas, te vas a encontrar con los demonios.

Minello se rascó la nuca, mirando a su amiga del alma, a su amada, adorada Brigitte.

—No te entiendo. Hablas como un rompecabezas.

—Se trata sólo de un acertijo. Si lo resuelves, te vas derechito al cielo. ¿Quieres echarle un vistazo?

Tendió el papel, y Minello lo tomó. Lo leyó, frunció el ceño, lo volvió a leer, lo leyó por tercera vez…, y finalmente, exclamó:

—¡Zambomba, no es nada fácil!

—No, no lo es —admitió Brigitte—. La solución, claro está, consiste en encontrar al ángel que no miente. ¿Estás de acuerdo?

—Sí… ¡Naturalmente! Porque si te lías con el embustero, estás lista. Vamos a ver, vamos a ver… Yo voy y le pregunto a uno de los ángeles: oye, chico, ¿es esta la puerta del cielo? Y va el muchacho y me dice que sí, por ejemplo. Si es el embustero, estoy perdido. Si no es el embustero, de cabeza al infierno. No, no es así, no… Vamos a ver, vamos a ver… Yo voy y le pregunto a uno de los ángeles: oye, chiquitín: ¿por dónde se va al cielo? Y entonces va él y me dice: por esta puerta, hermoso caballero. Si es el sincero, estupendo. Pero si es el embustero, ¡de cabeza al infierno! ¿No es eso?

—Exactamente.

—Bueno… Yo diría que nadie puede tener la seguridad de que está hablando con el ángel sincero o con el embustero. O sea, que

puedes tener suertecilla y abrir la puerta del cielo, pero también puedes tener gafe y encontrarte viajando hacia el infierno… ¡Hay que arriesgarse!

—No, no. Nada de eso, Frankie. Tienes que saber con seguridad cuál es la puerta del cielo. Nada de adivinarlo ni de confiar en la suerte. Tienes que saber la verdad, solo la verdad, con total seguridad.

—Pero eso no es posible, porque si no sabemos cuál es el embustero, siempre estás en peligro. Digamos que tienes cincuenta por ciento de posibilidades a favor y cincuenta en contra. Todo el truco consiste en saber cuál de los dos ángeles es el embustero…, y eso no parece posible, tal como está planteado el acertijo.

—Tiene que ser posible. De otro modo, esto sería una estupidez.

—Pues quizás es una estupidez. Porque si no hay modo de saber cuál de los dos ángeles es embustero… ¡Hombre, ahora que hablamos de ángeles…! ¡Te voy a contar un chiste!

—¡Oh, no! —gimió Brigitte.

—¡Es muy bueno! Y además, no es verde, ni rojo, ni sucio, te lo aseguro. ¡Es de angelitos!

—¿Un chiste de angelitos? Bueno, supongo que cuando menos es limpio. Pero yo preferiría…

—¡Pero si es muy bueno, mujer! Te lo garantizo. Verás… Hay dos angelitos que están en el cielo, y uno de ellos le dice al otro que ya está harto de ser angelito y de ser tan bueno, y que van a jugar a ser malos. Así que el angelito que quiere jugar a ser malos, le dice al otro: yo te llamaré, y tú, como ahora eres malo, dirás que no quieres venir. Eso es ser malo. ¿De acuerdo? Bueno, los dos angelitos se ponen de acuerdo, y uno de ellos llama al otro: ¡angelito, ven!, le pide. Y el otro angelito contesta: ¡voooyyyy…!

—¡Es muy malo! —Se echó a reír Brigitte—. ¡Pero al menos no es uno de esos chistes puercos que…! ¿Por qué me miras así?

—¡Porque el chiste no ha terminado todavía!

—Ah… Vaya, lo siento, Frankie. Sigue, sigue.

—Vale. O sea, que cuando el angelito contesta «voooyyyy», el otro se enfada mucho: ¡que no, hombre, que no tienes que ser tan complaciente, que ahora eres malo! —Le increpa—. ¡Lo que tienes que contestar es «No me da la gana»!, ¡eso es ser malo, y eso has de contestar! Total, que ya puestos nuevamente de acuerdo, el primer

angelito llama al segundo: angelito, ven… Y el otro contesta: voooyyyy… ¡y no te rías, que todavía no ha terminado el chiste!

—Pero si no he dicho nada —contuvo la risa Brigitte.

—Ah, bueno. ¿Dónde estábamos? Ah, sí… Bueno, el angelito primero se vuelve a enfadar: ¡pero hombre, te he dicho que ahora eres malo, y que tienes que contestarme que no te da la gana de venir! Vale, vale, dice el segundo angelito. Y el primer angelito dice: angelito, ven. Y el segundo dice: voooyyy… ¡Imagínate la rabieta que pilla el primer angelito!: ¡que te he dicho que ahora eres malo, y que debes contestarme que no te da la gana de venir! ¿Sabes qué?: ¡yo haré de malo, y serás tú el que me llame a mí! Y así puestos de acuerdo, cambian de lugar. Entonces, el segundo angelito llama al primero: ángelito, ven… Y el otro replica: ¡No me da la gana! Entonces, el segundo angelito dice: Bueeenoooo, pues ya voy yoooo…

Brigitte Montfort, alias «*Baby*», la espía más peligrosa e implacable del mundo, se echó a reír de buena gana, contemplada con expresión de éxtasis por Minello, al que parecía a punto de caerle la baba cuando exclamó:

—¡Qué bien ríes!

—¡Es un chiste simpático, Frankie! ¡Y divertido! ¿Ves cómo se puede hacer reír a la gente sin recurrir a porquerías?

—Claro. Pero sé uno de una chica que…

—¡Nada de eso! Oh, vamos, Frankie, no lo estropees. Con el chiste del «angelito, ven» te has apuntado un gran éxito. Y hasta voy a invitarte a cenar en casa, para…

El teléfono sonó, sobre la mesa de trabajo de Brigitte.

Esta descolgó enseguida el auricular, y atendió la llamada.

—¿Sí?

—¿…?

Brigitte miró vivamente a Minello, y acto seguido abrió el canal del *speakerphone*, de modo que su amigo pudiera oír la conversación.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Le pregunto, señorita Montfort, si ha recibido usted el acertijo del cielo y del infierno —se oyó la educada y amable voz de hombre.

—Ah, sí… Sí, en efecto.

—¿Y… lo ha podido resolver?

—Naturalmente —dijo Brigitte, para pasmo de Frank.

—¿De veras? Bueno, ¿cuál es la solución?

—Como todas las cosas cuando ya se saben, es muy simple: yo me dirijo a uno de los ángeles, y le pido que vaya a preguntar a su compañero cuál es la puerta del cielo. Y cuando me trae la respuesta abro la puerta opuesta a la que mi enviado me indica: con toda seguridad, esa es la puerta del cielo.

—Quizás. Pero ¿cómo lo sabe usted? ¿Cómo puede estar segura?

—Vamos a ponerles nombres a los dos ángeles guardianes, para entendernos mejor —dijo apaciblemente Brigitte—. Al ángel que siempre dice la verdad, lo vamos a llamar V, y al que siempre miente lo vamos a llamar M. Ahora, supongamos que yo envío a V a preguntar a M cuál es la puerta del cielo: en ese caso, la respuesta que me traerá V será una mentira de M, puesto que si bien V me dirá la verdad de la respuesta de M, este habrá mentido a V; por lo tanto, yo solo tengo que abrir la puerta contraria a la que me indican. Supongamos ahora que envío a M a preguntarle a V. V dirá la verdad, pero M, como es lógico en él, me mentirá, de modo que igualmente tengo que abrir la puerta contraria de la que él me diga. De modo que con esta argucia mental, tengo la certeza de abrir la puerta del cielo tanto si he enviado a V a preguntar a M como si he enviado a M a preguntar a V. ¿Es correcta la solución, señor?

—En efecto. Es correctísima. Ha sido usted muy amable, señorita Montfort. Muchas gracias.

—De nada, no faltaba más.

—Adiós.

—Adiós, señor.

Brigitte colgó el auricular, y miró a Minello, que estaba estupefacto como pocas veces en su vida.

Brigitte se puso en pie.

—¿Y bien, Frankie? —Hizo chascar graciosamente dos deditos —. ¿Aceptas mi invitación a cenar?

—¡Zambomba! —exclamó finalmente Minello, reaccionando—. ¿Cómo has podido… encontrar esa solución tan sencillamente?

—Porque no hay otra.

—¡No hay otra! —Aulló Frank—. ¡Yo me habría vuelto loco tratando de encontrarla, y tú, como si nada, la encuentras a la

primera!

—Soy una chica lista —sonrió Brigitte.

—¡Toma, ya lo creo! ¡Y guapísima! ¡Y maravillosa, y…! ¿Y quién era ese tipo?

—No tengo ni idea.

—¡Seguro que es un chiflado!

—Tanto peor para él. Pero quizás era solo un pobre hombre que me considera lista y ha querido que yo le resuelva el acertijo.

—¡Y ahora presumirá con sus amigos de haberlo resuelto él solito! ¡El muy gorrino! Oye —la mirada de Frankie se tornó cómicamente perversa, maligna—… ¿y si fuésemos a ponerle el acertijo al viejo ogro gruñón de las cien mil úlceras en el estómago? ¡Jo, jo, jo, lo que me iba a divertir!

—Es una buena idea —rio Brigitte—. ¡Vamos a buscar a Miky para que venga también a casa a cenar con nosotros!

—¡Oh, no! —Gimió Minello—. ¡Siempre meto la pata, maldita sea mi estampa! ¡Con lo bien que lo pasaríamos tú y yo solos!

—Eres un egoísta, Frankie.

—¿Yo? ¿Yo soy un egoísta?

—Por supuesto que sí. ¿No dices siempre que yo soy lo mejor del mundo?

—¡Y al que se permita tan siquiera dudarlo, le parto todo el cuerpo y me como sus…!

—¿Y acaso los buenos amigos no comparten lo mejor que tienen?

—¡Yo no tengo que compartir nada con ese ogro ulceroso! ¿Verdad que no le he pedido que comparta sus úlceras de estómago conmigo? Pues entonces ¿por qué tengo yo que compartirte a ti con él?

—Pero, Frankie —se pasmó Brigitte—, ¡tener úlceras no es tener lo mejor del mundo!

—Para mí, sí —sonrió fieramente Minello—… ¡Lo mejor que tiene Miky Grogan son sus úlceras! ¡Je, je! Pero no temas, ¡no le pediré que las comparta conmigo!

—Eres un sádico —rio Brigitte.

—¡Y tú eres una divina! —aulló Minello.

—Frankie —lo señaló Brigitte con un delicioso dedito—: vamos a ir a buscar a Miky.

Capítulo II

Estaban los cuatro en el salón del apartamento de Brigitte en el piso veintisiete del Crystal Building, tomando como aperitivo una fría copa de champaña Dom Perignon con guinda, que Peggy, el ama de llaves de Brigitte, se había apresurado a servirles en cuanto llegaron.

De eso hacía apenas unos minutos, y Peggy todavía estaba cavilando sobre el acertijo que Minello le había puesto nada más entrar en el apartamento, y que tenía muy pensativo a Miky Grogan desde que este, Brigitte y Minello se habían reunido en el estacionamiento frente al *Morning News*.

—Es muy difícil, Frankie —dijo por fin Peggy.

—¡Qué va a ser difícil! —Protestó Minello—. En todo caso, lo será para cerebros anquilosados, como los vuestros… ¡Pero si es una solución la mar de sencilla! ¿Verdad, Brigitte?

—Relativamente sencilla —replicó Brigitte.

—¡Es sencillísima! Al menos, a mí me lo pareció cuando, en un periquete —hizo chascar dos dedos—, la encontré.

—¿Tú encontraste la solución, Frankie? —Lo miró asombrada Brigitte.

—¡Zambomba, claro que sí! ¿No lo recuerdas? Estábamos en tu despacho, tú me pusiste el acertijo, y en cuestión de segundos, yo te di la respuesta. ¿No fue así?

Brigitte no salía de su pasmo ante el descaro de Minello, que sin darle tiempo a contestar, exclamó:

—¡Y no sabes lo que me gustaría que ahora mismo apareciese el viejo buitre calvo comedor de carroña llamado Pitzer, es decir, tu jefe de espionaje, por esa puerta, para ponerle en el apuro también…! ¡No me extrañaría nada que Pitzer llegase en este momento!

Se quedaron mirándolo los tres, pero Pitzer no apareció.

—Bueno —farfulló Frankie—, pero debo decir que me sorprende mucho que no esté aquí para enviarte a espiar a cualquier parte del planeta. Quizá llame por teléfono.

El teléfono no sonó, pese a los pases mágicos con que Minello lo intentó.

—Está bien —gruñó—… Pero quizás haya dejado algún recado antes de llegar nosotros. ¿Sí, Peggy?

—No —rio la rubita Peggy—. ¡No hay ningún recado del señor Pitzer para la señorita! Oh, pero ahora que recuerdo, señorita —miró a Brigitte—: llegó el paquete de la librería. Lo he dejado en su despacho, sobre la mesa.

—¿Qué paquete? —se desconcertó Brigitte.

—Los libros que usted compró esta tarde en una librería de la Quinta Avenida. Un empleado de la lib…

—Yo no he comprado libros esta tarde, Peggy. Así que nadie ha podido traer un paquete para mí.

—Pero… pe-pero el empleado trajo el paquete, me dijo que eran libros que usted había comprado y que había encargado que los trajeran aquí…

—No he comprado libros. No he salido del *Morning* en todo el día.

—Bueno… Quizá fue ayer. Iré a buscar el paquete para que usted lo vea, y así…

—No toques ese paquete —susurró Brigitte, poniéndose en pie—. Quédense todos aquí.

—Pero ¿qué pasa? —Refunfuñó Minello—. ¿A qué viene tanta conversación por un paquete de libros? ¡Aquí lo que interesa es ver qué clase de cerebro tiene el gran director del *Morning*!

—Cierto —sonrió Brigitte—. Seguid con eso. Yo vuelvo enseguida.

Salió rápidamente del salón, y se encaminó hacia el despacho. En cuanto entró, vio el paquete sobre la mesa. Estaba envuelto, en efecto, con papel que llevaba impreso el nombre de una librería de la Quinta Avenida… Desde el umbral, Brigitte se quedó mirando muy seriamente el paquete. Luego, se acercó despaciosamente, se inclinó, y escuchó, colocando una orejita sobre el papel. No se oía nada… Cosa que no podía sorprender en un montón de libros, ciertamente. Solo que, desde luego, Brigitte Montfort no había

comprado libro alguna aquella tarde.

Con exquisito cuidado, alzó el paquete, sopesándolo. Enseguida se percató de que su peso no correspondía a un montón de libros de aquel volumen, aproximadamente el doble que una caja de zapatos… Parecía una caja, en efecto. Una caja que contenía algo.

Brigitte tomó el abrecartas, y cortó el cordel que sujetaba el paquete, procediendo acto seguido a retirar el papel, con todo cuidado, evitando agitar la caja. Una caja, en efecto, es lo que apareció. Una caja de grueso cartón prensado. La tapa, que había quedado de lado, estaba sujeta por un par de tiras de cinta adhesiva, y Brigitte las arrancó, tras colocar bien la caja. Alzó la tapa.

Se quedó mirando, inmóvil, inescrutable el rostro, la carga de plástico explosivo conectada a un detonador electrónico modernísimo. No era un mecanismo de tiempo, sino un detonador que funcionaba por ondas de radio. Es decir, que quienquiera que tuviese el emisor activador podía hacer explotar la carga en el momento que lo desease. Podía ser en aquel instante, dentro de una hora, de un mes… Y calculando el volumen y por tanto la potencia de la carga, Brigitte *Baby* Montfort calculó que la explosión la destrozaría a ella, prácticamente todo el apartamento, y afectaría también al apartamento de encima y al de abajo…

Amortiguado, lejano, llegó el repiqueteo de la llamada telefónica. Varios teléfonos estaban sonando a la vez en el apartamento, merced a la extensión de varios supletorios: cocina, dormitorios, salón… El único teléfono que no sonó fue el que había sobre la mesa del despacho, de línea diferente, privada.

Brigitte rodeó la mesa, abrió uno de los cajones, y sacó de allí unas tijeras y un pequeño destornillador con mango de plástico, mientras oía el taconeo de Peggy acercándose. Muy pronto, Peggy apareció en la puerta.

—Señorita, un caballero desea hablar con usted. Está al teléfono.

—Dile que sea tan amable de llamar dentro de unos minutos, Peggy.

—Sí, señorita.

Peggy se alejó, y Brigitte regresó ante la caja que contenía la potente bomba de plástico, llevando en una mano las tijeras y el pequeño destornillador. Invirtió un minuto en asegurarse de que el

mecanismo de detonación tenía características ya conocidas por ella, y acto seguido, con todo cuidado, procedió a desenroscar el pequeño tornillo que mantenía unidas las dos partes del mecanismo de radio. Cuando retiró la de arriba, el pequeño complejo electrónico quedó a la vista. De las placas partía el delgado hilo que, saliendo por un diminuto orificio de la caja de baquelita, iba a hundirse en la masa de plástico. Naturalmente, al extremo del hilo estaba el detonador…

Unas gotitas de sudor aparecieron en la frente de Brigitte. Todo parecía simple y corriente. Muy fácil. Pero si se equivocaba, si no era lo que parecía, si no era lo que ella conocía, sino un mecanismo nuevo, o preparado de modo diferente… Con las tijeras perforó un poco el plástico explosivo, separándolo, en busca del detonador. Ni por un momento se le ocurrió lo que parecía más fácil y rápido: cortar el hilo que unía los mecanismos y la carga. En pocos segundos, el detonador quedó visible. Brigitte dejó a un lado las tijeras y el destornillador, y pinzó con los dedos índice y pulgar de la mano derecha el pequeño artefacto hundido en el plástico. Comenzó a tirar de él, muy despacio, muy despacio, muy despacio…, hasta que perdió todo contacto con el plástico: entonces, terminó de retirarlo con rápido gesto, lo dejó sobre la mesa, y fue a dejarse caer en su sillón.

El peligro había pasado.

Una gotita de sudor se deslizó por encima de la ceja derecha de Brigitte, hacia la sien. Desde el salón, llegó una risotada de Frank Minello. Brigitte arrugó una cuartilla de papel, y se la pasó por la frente, enjugando el leve sudor, la fina transpiración que se iba acumulando en gruesas gotas… La idea la asaltó de pronto, haciéndola estremecerse, casi lanzar un grito: ¿y si dentro de la masa de plástico había todavía otro detonador, más pequeño, completamente sepultado, totalmente oculto a la vista?

Se puso en pie rápidamente, y utilizando de nuevo las tijeras procedió a separar la carga de plástico… ¡Allí estaba!

Un escalofrío recorrió como un relámpago el cuerpo de la espíaperiodista. Allí estaba el otro detonador, mucho más pequeño, mucho más moderno y sofisticado; sin hilos, sin conexiones visibles… De nuevo utilizando dos dedos, procedió a retirarlo, y lo dejó junto al primero. Todavía examinó más a fondo la masa de

plástico blando; era como un extraño pastel…, como la masa para un peligrosísimo pastel.

No había nada más.

Brigitte dejó la caja con el plástico en un rincón del despacho, y guardó los dos mecanismos de detonación en un cajón de la mesa. Luego, regresó al salón, donde Frank Minello reía observando los gestos reflexivos de Miky Grogan. Peggy ya no estaba; debía de estar en la cocina, preparando la cena.

—¡Hola! —exclamó Minello—. ¡Lo tengo loco de rabia! ¡Por fin voy a poder demostrarle que no es tan listo como se cree!

—Todos somos menos listos de lo que nos creemos —murmuró Brigitte.

—Seguro que sí. Oye, ¿qué pasa con los libros? ¿Los habías comprado o no?

—No. Son un regalo.

—Ah. ¡A mí nadie me hace regalos!

—¿Cómo que no? —protestó Brigitte—. ¡Si no recuerdo mal, no hace mucho te regalé dos docenas de corbatas!

—Tú eres la única. Nadie más me regala nada. Y a propósito de regalos, Miky: ¿qué me regala si le digo la solución al acertijo?

—No tengo por qué regalarte nada —gruñó Grogan.

—Pues lo veo pensando en ese acertijo hasta el día del juicio final. Y entonces, ya no tendrá que encontrar ninguna puerta, pues se lo llevarán directamente al infierno.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? ¡Pues para que te enteres, respecto a este acertijo, yo he…!

El teléfono sonó. Brigitte, que se había sentado cerca a propósito, lo descolgó inmediatamente.

—¿Sí?

—¿Señorita Montfort, por favor?

—Soy yo misma… Y usted es el caballero que esta tarde me llamó al *Morning News* respecto al acertijo de las dos puertas, ¿no es así, señor?

—En efecto. La llamé antes, pero me dijeron que estaba usted ocupada.

—Sí. Siento no haber podido atenderle antes. ¿Puedo servirle en algo?

—Esta vez voy a ser yo quien la sirva a usted. Tiene usted en

casa una bomba que explotará justo dentro de quince minutos, a menos que consiga desmontarla, claro está.

—¿Se refiere al paquete de libros que ha tenido la amabilidad de enviarme?

—Exacto.

—Ha sido usted muy amable, señor. Le aseguro que los leeré con suma atención. ¿Algo más?

—Solamente desearle suerte.

—Gracias. Gracias por todo.

—No se merecen. Buenas noches, señorita Montfort.

—Adiós, buenas noches.

Colgó, y se quedó mirando el teléfono unos segundos. Cuando miró a Grogan y Minello, ambos la contemplaban expectantes.

—¿Quién era? —preguntó Minello.

—El cabañero del acertijo. Ha querido agradecerme que le proporcionase la solución enviándome unos cuantos libros.

—¡Zambomba! —exclamó Minello—. ¡Ese caballero sí que es amable y agradecido!

—Sí —sonrió la divina espía—…, da gusto tratar con gente agradecida, Frankie. Bueno, ¿qué tal si nos interesamos por la cena?

—Oh, es pronto, ¿no? —protesto Grogan.

—Quizás. Pero no quisiera acostarme demasiado tarde porque mañana temprano tengo algunas cosas que hacer.

—No se canse demasiado —recomendó Grogan—: recuerde que mañana por la noche tiene que asistir a esa fiesta en la embajada de Zailandia. Ya sé que no es un país demasiado importante, pero el *Morning News* tiene que atender cualquier información política… Y a fin de cuentas, usted es quien dirige esa Sección en su vertiente internacional.

—Lo tendré presente —sonrió Brigitte—. Y no se preocupe: procurare no cansarme, aunque me levante temprano.

Eran apenas las nueve y media de la mañana, es decir que apenas había transcurrido media hora desde que había comenzado su jornada en la Harper’s Library, cuando uno de los empleados se dijo que aquel iba a ser un buen día; al menos, no podía empezar mejor, con más belleza y elegancia.

La clienta que acababa de entrar era más bien alta, de cuerpo

escultural, rostro bellísimo de grandes ojos azules, una hermosa mata de cabello negro suavemente ondulado; sus labios eran sonrosados, su piel dorada como el sol y el oro… ¡Y hasta tenía un encantador hoyuelo vertical en la barbilla! ¡Y qué elegante…! ¡Oh, pero si la conocía! ¡Claro que sí! Había visto su fotografía en revistas y diarios con mucha frecuencia, y… ¡Ya está! ¡Era la famosa periodista Brigitte Montfort, seguro que sí!

A esta conclusión había llegado el dependiente de la Harper's Library cuando se detenía delante de la elegante y bellísima clienta, sonriendo maravillado.

—Buenos días, señorita Montfort —saludó obsequioso—… ¿En qué puedo servirla?

—¿Me conoce usted? —Pareció sorprenderse la bellísima.

—¿Quién no la conoce en Nueva York? Incluso, ahora que recuerdo, escribió usted un libro sobre el amor… Bueno, no recuerdo exactamente el título…

—Yo tampoco —rio Brigitte—. No fue precisamente un éxito.

—Bueno… Es verdad —se condolió el hombre—. ¡Y no lo entiendo, de veras!

—Yo sí lo entiendo: a la gente no le interesa demasiado el amor. De modo que tendré que elegir otro libro para el regalo que pienso hacer a un amigo. Creo que un libro de deportes estaría bien.

—¿Algún deporte en especial?

—Pues… no —reflexionó Brigitte—. Me gustaría un libro poco técnico, que hablase de todos los deportes, en general. ¿Hay alguno así?

—Naturalmente. Si es para regalo, puedo envolvérselo de modo especial. ¿Le parece bien?

—Sí, muchas gracias. Será mejor que lo envuelva usted, pues a mí me quedaría muy mal…, como a mi amigo, el que estuvo ayer aquí a comprar algunos libros. El que pidió el papel que utilizan ustedes y dijo que él envolvería los libros que me regaló. Supongo que si algún cliente les pide el papel aparte, se lo facilitan.

—Por supuesto. A veces quieren poner notas o sorpresas dentro del paquete, y no tenemos inconveniente en que el regalo en cuestión lleve el membrete de la casa.

—Lo comprendo —sonrió Brigitte—. Lo malo es que… Bueno, no estoy segura de fuese el amigo que pienso el que me hizo el

regalo. Y me gustaría asegurarme, no sea que vaya a corresponder al regalo enviando el libro a otra persona. ¿Recuerda usted al hombre que pidió el papel por separado, para hacer él mismo el paquete en su casa?

—Pues no… Seguramente, le atendió un compañero. ¿Quiere usted que les pregunte, por si recuerdan al cliente y podemos describírselo, para que usted esté segura de que regala el libro de deportes a quien corresponde?

—Se lo agradecería muchísimo —abrió mucho los ojos Brigitte—… ¡Es usted muy amable!

—Es un placer servirla. Por favor, siéntese… Le buscaré un libro adecuado y preguntaré a mis compañeros.

—Gracias, muchas gracias.

La señorita Montfort se dirigió hacia la sección de espera habilitada en un lado de la enorme Harper's Library, con confortables sillones, un par de mesitas con revistas, libros y catálogos y ceniceros. Encendió un cigarrillo tras sentarse, y miro hacia el gran escaparate, en el que se veía el reflejo del sol. Solo el reflejo. Ya era un hecho admitido que Nueva York se había convertido en una ciudad no solo peligrosa, sino carente de las necesarias calidades de vida. Quizá no para quienes, como ella, tenían tanto dinero que todavía podían conseguir cierto confort y holgura, pero esa no era la cuestión, ciertamente. No se puede dar por buena una ciudad en la que solamente los privilegiados pueden vivir bien…

Una sombra oscureció un instante el resplandor del sol en el escaparate. Brigitte alzó la cabeza, y vio al hombre que había pasado por delante de ella y se disponía a sentarse en otro sillón. El hombre se sentó, y se quedó mirándola sonriente, como divertido. Era un sujeto alto, bien vestido, de poco más de treinta años, muy atractivo. Tenía una sonrisa simpática, casi cariñosa… Sentado frente a Brigitte, una mesita de por medio, a unos cuatro metros, la miraba de aquel modo simpático, bonachón.

De pronto, llevó la mano derecha a su axila izquierda, la retiró enseguida, con el dedo índice extendido apuntando a Brigitte y el pulgar apuntando hacia arriba, y movió este dedo como el que simula disparar varias veces seguidas, siempre apuntando a Brigitte, mientras decía:

—Bang, bang, bang, bang…, ¡muerta!

Luego, dejó caer la mano con naturalidad sobre una rodilla. Brigitte, que había palidecido bruscamente, le contemplaba como alucinada, pero el hombre continuaba sonriendo, divertido. Sí, muy divertido.

Brigitte se pasó la lengua por los labios, y murmuró:

—Es una broma muy graciosa.

—Estaba seguro de que sabría usted apreciarla —sonrió el hombre.

—Sí, tengo mucho sentido del humor. Al menos, eso dicen mis amigos. De todos modos, me gustó mucho más la broma del acertijo.

—¡Ah! ¿De modo que ha reconocido usted mi voz?

—Tengo un oído muy fino y sensible.

—Evidentemente. ¿La otra broma no le gustó?

—La considero de mal gusto. Y peligrosa, ya que la explosión no solo me habría perjudicado a mí, sino también a otras personas que no tienen nada que ver con esto, sea lo que sea esto.

—¿Sabe? Me alegré mucho cuando al oprimir el disparador que habría hecho explotar la carga de plástico no sucedió nada.

—Muy amable por su parte. ¿Le resulto simpática?

—¡Mucho! —rio el hombre.

—Gracias. ¿Por qué no me demuestra su simpatía diciéndome qué significa todo esto?

—Lamento no poder complacerla, créame. Bien… ¿se le ha pasado el susto?

—Todavía no. Me parece observar en su axila izquierda el bulto de una pistola auténtica.

—¿De veras? ¡Eso demuestra que también su vista es fina y sensible! En efecto, llevo una pistola. ¿Se imagina lo que habría pasado si en lugar de utilizar el dedo hubiese utilizado la pistola?

—Lo imagino perfectamente: estaría muerta.

—No parece demasiado asustada.

—Se equivoca: estoy asustada. Y desconcertada. ¿Quién podría decirme a qué estamos jugando?

—De verdad que lo ignoro. Yo solo obedezco órdenes. Espero que se haga cargo, señorita Montfort.

—Por supuesto que sí, señor… señor…

—Oh, llámeme Melvin, simplemente. ¿Me permite decirle que es usted la mujer más hermosa que he visto en mi vida?

—Se lo permito. Y muchas gracias. Dígame, Melvin, ¿no piensa utilizar la pistola de verdad?

—Por el momento, no. Órdenes, ¿comprende?

—Comprendo. ¿Queda pendiente alguna otra broma?

—Ah, no sé. Tendré que consultarlo.

—¿Con quién?

El llamado Melvin sonrió, al tiempo que su mirada se desviaba de los bellísimos ojos azules, a los que regresó enseguida.

—Me parece que el dependiente tiene algo que decirle.

Brigitte miró hacia donde había mirado Melvin. El dependiente, en efecto, se había acercado, con un enorme libro en las manos, pero se mantenía a cierta distancia, muy discreto.

La divina se puso en pie, y se acercó al hombre.

—¿Sí? —Le sonrió.

—Lo siento, pero nadie recuerda a ninguna persona en especial de las que ayer pidieron papel de la casa, señorita Montfort. Fueron muchas personas…

—No se preocupe. Tiene que ser el amigo que pienso, así que mis dudas son muy escasas. ¿Es este el libro que me ha seleccionado?

—Sí —lo mostró el hombre—. Es muy completo, y prácticamente menciona todos los deportes, explicando sus reglas básicas. Estoy seguro de que es un regalo digno de usted, señorita Montfort.

—De eso se trata. ¿Quiere envolverlo, mientras voy a caja a pagar?

—Con mucho gusto. ¿Sabe?: voy a ver si desempolvo los ejemplares de su libro sobre el amor, y volveré a ponerlos en el escaparate como la oferta de la semana.

—Se lo agradezco mucho. Es usted muy, muy amable. Y lo haré constar en el libro de sugerencias de la librería.

—¡Oh, muchas gracias, señorita Montfort…!

Brigitte sonrió al hombre, fue a la caja a pagar el importe del libro de deportes, y luego fue al mostrador, donde el dependiente estaba terminando de envolver el libro. Hizo un gesto como de repulsa hacia su distracción, y regresó sobre sus pasos, para solicitar

el libro de sugerencias de la Harper's Library, donde anotó un favorable comentario sobre la amabilidad y la eficacia del dependiente, cuyo nombre preguntó a la cajera.

Volvió hacia el dependiente, que ya había terminado, y se hizo cargo del paquete, que el hombre le tendía, sonriente.

—Gracias por su visita, señorita Montfort. Espero verla de nuevo por aquí.

—Por supuesto que sí. Gracias por todo, y buenos días.

—Buenos días, señorita Montfort.

Cargada con el paquete, Brigitte se dirigió hacia la puerta, mirando hacia donde había conversado con Melvin, el cual continuaba sentado en el sillón, fumando un cigarrillo.

—Adiós, Melvin —saludó.

El hombre se puso velozmente en pie, muy cortés.

—Hasta pronto, señorita Montfort —saludó a su vez, haciendo una inclinación de cabeza.

Brigitte también movió la cabeza.

Sí, estaba segura de que aquella no iba a ser la última vez que viese a Melvin.

Capítulo III

Salió a la calle, y se quedó en la acera, titubeante. Desde luego, el libro se lo iba a regalar a Frankie, quien podría añadirlo a su magnífica colección de libros deportivos, que le permitían estar al día en todo momento para atender su cargo de jefe de la Sección Deportiva del Morning News. Y aunque es bien sabido que en los periódicos de aparición matinal, los empleados corrientes trabajan por la noche esto no rezaba para los empleados de categoría de Minello, y de ella misma. Que trabajaban noche y día si era necesario. Seguro que Frankie estaba en el *Morning*…

Se quedó mirando el taxi que se había detenido frente a ella, junto a la acera. Al parecer, acababa de quedar desocupado, así que se acercó, y se inclinó hacia la ventanilla.

—¿Está libre? —preguntó.

—Sí, sí. Suba, señorita.

Entró en el vehículo. El hombre tenía vuelta la cabeza hacia ella, y la contemplaba con sonriente admiración. Era un tipo de unos cincuenta años, calvo, de rostro afable.

—Al edificio del *Morning News*. ¿Lo conoce?

El hombre sonrió. No dijo nada, solo sonrió… Y en el mismo momento en que sonaba en la mente de Brigitte el especialísimo sistema de alarma, la portezuela del coche volvió a abrirse, y otro pasajero entró rápidamente, sentándose junto a Brigitte. Lo primero que esta vio fue la cabellera rubia y los grandes ojos de un frío tono azul claro. Enseguida, bajó la mirada, y vio la pistola con silenciador en la mano derecha de la rubia, apuntándole al vientre.

La mirada de Brigitte volvió a los ojos de la rubia, que la contemplaba con frío sarcasmo… Más allá, en la acera, al desviar la mirada hacia allí, Brigitte vio a Melvin, que estaba mirando hacia interior del coche. Al ver que Brigitte le miraba, hizo un gesto como

de disculpa, encogiendo los hombros. Fue como si dijera: lo siento ¿qué quiere que yo haga?

El taxi arrancó, mezclándose con el denso tráfico de Manhattan. Brigitte volvió a mirar a la rubia de los fríos ojos azules.

—¡Qué pequeño es el mundo! —comentó—. Volvemos a encontrarnos, jovencita.

—¿Volvemos…? —Se desconcertó la muchacha—. ¿Cuándo nos hemos visto antes usted y yo?

—En Lausana, hace un par de semanas. ¿No recuerda? Usted salía del despacho del doctor Baldus, al cual acababa de asesinar, y yo me disponía a entrar[1]. Pero comprendo su desconcierto, porque entonces yo era rubia. ¿Recuerda ahora nuestro encuentro en la Maternal Klinic?

La muchacha parpadeó.

—¿Usted es aquella rubia? —susurró.

—En efecto. ¿No lo sabía usted?

—No…

—Entiendo. Simplemente, la han hecho venir de Europa para matar a Brigitte Montfort, sin más explicaciones. ¿No es eso?

—Sí, eso es.

—O sea, que usted cumple órdenes, pero no sabe de quién. Lo único que tiene que hacer es cumplirlas, y punto.

—Exactamente.

—¿Melvin y usted están trabando juntos en esto?

—Sí, Sabíamos que usted vendría a la librería a interesarse por la persona que hubiese pedido papel para envolver libros.

—Muy inteligentes. Aunque quizá no tanto, pues yo pienso que todos debemos saber a quién obedecemos…, sobre todo, cuando nos disponemos a hacer cosas feas.

—¿Considera usted que es feo un asesinato?

—¿Usted no? —Se sorprendió Brigitte.

—Claro que no: es una obra de arte.

—¡Ah! Entiendo, entonces, que usted es una artista profesional.

—¡Así es! —exclamó la rubia, riendo.

—Admirable. Y dígame, señorita… señorita…

—Dalilah.

—Dalilah… Es un nombre precioso. Y muy sugestivo. Dígame, Dalilah: ¿ha realizado usted muchas… obras de arte?

—¡Bastantes! —rio la rubia.

—Fantástico. Me gustaría pedirle un favor, pero no quisiera parecerle exigente.

—¿Qué favor?

—La pistola… Debe de ser muy violento y sucio morir a tiros, con tanta sangre salpicando a todos lados… ¿No tiene un medio más elegante para eliminarme? Ya me entiende: algo suave, sin sangre, indoloro… Algo así como la inyección de no sé qué que le puso al doctor Baldus.

—Dispongo de muchos medios para matar, es cierto —asintió Dalilah, al parecer muy complacida—. Pero las órdenes dicen que debo acribillarla a usted, y tirar su cadáver en plena Quinta Avenida. La verdad es que a mí también me parece una cosa grosera, pero no puedo hacer otra cosa.

—Vaya… Siento mucho ser causa de este disgusto suyo, Dalilah.

El conductor del taxi comenzó a reír, no poco divertido, y la rubia desvió la mirada un instante hacia él… Solo un instante, pero suficiente. No debió apartar su mirada de los ojos color azul cielo de sereno mirar, y quizás así (quizás) habría visto gestarse la velocísima tormenta…, que produjo el rayo que descargó sobre ella. Captó el principio del movimiento de su presunta víctima, y comenzó a volver la cabeza hacia ella de nuevo mientras su dedo comenzaba a crisparse en el gatillo…

Eso fue todo.

La mano izquierda de Brigitte, de canto, desvió la derecha de la rubia, de modo que cuando esta disparó, la bala fue a clavarse en el respaldo del asiento delantero derecho. Simultáneamente, la mano derecha de Brigitte, rígida, dura como hierro, se hundía, como una lanza, en el costado izquierdo de la rubia, que lanzó un ahogado bramido cuando los finos deditos se hundieron en su carne, hundiendo la ropa de su vestido en la carne, que se rasgó hacia dentro como si fuese papel mojado.

Pese al intensísimo dolor, la rubia, desencajado el rostro, intentó un nuevo disparo contra Brigitte, pero ya ésta había agarrado ahora con su mano izquierda la muñeca derecha de Dalilah, y la mantenía apartada…, mientras la derecha descargaba otro golpe, ahora vertical, sobre la cabeza de la asesina. Fue un auténtico hachazo, que hizo crujir la frente de Dalilah cuando la astilló, produciendo

una extraña y trágica muesca en el parietal. Dalilah rebotó contra la portezuela, y cayó de bruces sobre el regazo de Brigitte, que se apoderó rápidamente de la pistola y apretó con ella el respaldo del asiento del conductor.

Este la miró por el retrovisor.

—Dijo usted el *Morning News*, ¿verdad? —preguntó con voz agarrotada.

—Sí, al *Morning News*, en efecto —asintió Brigitte.

—Llegaremos enseguida.

—Magnífico. Pero ¿y si fuésemos a otro sitio más interesante?

—Pierde el tiempo conmigo —aseguró el hombre, cuyo rostro se veía palidísimo en el retrovisor—: no sé nada de nada. Lo único que tenía que hacer era conducir el taxi… ¿Está muerta?

Brigitte movió la cabeza de Dalilah, que reposaba sobre sus muslos, y vio los desorbitados ojos de la muchacha, la crispación horrenda de su boca, de todo su rostro.

—Yo diría que sí —informó sosegadamente—. Pero quizá, como es una artista, esté solo fingiendo. Podría ser. ¿Adónde tenía que ir usted con el taxi, después de esto?

—A ninguna parte especial. Tenía que llevar a la chica lejos de donde la tirase a usted a la calzada, y luego abandonar ambos el taxi. Es robado.

—Ya. Bueno, creo que, en efecto, estamos llegando al *Morning News*.

—Sí… Sí.

Brigitte empujó el cuerpo de la rubia, que quedó empotrado entre los asientos delanteros y la parte inferior de los de atrás. El taxi se detuvo, la periodista-espía recogió el paquete con el libro de deportes, y miró con fría ironía al conductor.

—Supongo que no aceptaría una propina —dijo.

El hombre no contestó. La miraba por el retrovisor, rígido, tenso el rostro. Seguramente, estaba esperando un balazo. Sí, ¿qué menos podía pensarse de una mujer que acababa de matar a otra de un golpe?

—¿No contesta? Bueno, a su gusto. Llévese esta basura de aquí, y procure que no lo atrapen, porque tendría que explicar qué hacía usted con una chica muerta en su coche. Ya sé que diría que la había matado la señorita Montfort, pero… ¿le parece a usted que

alguien le creería?

Tampoco ahora contestó el hombre. Brigitte se guardó la pistola de la rubia bajo el vestido, deslizándola por el escote hasta que llegó a la cintura; entonces, apretó el arma contra su cuerpo con el libro, y se apeó. El taxi partió enseguida.

—¡En taxi! —Protestó escandalizado el primer secretario de la embajada de Zailandia en Nueva York—. ¡Ha venido usted en taxi, señorita Montfort!

Brigitte, sencillamente espléndida con su vestido de noche, sin joya alguna, apenas maquillada, miraba con socarrona amabilidad al exaltado personaje que había salido a recibirla a toda prisa al jardín de la embajada. Era un negro hermoso, de unos treinta y cinco años, impecablemente vestido de esmoquin.

—Bueno, señor Zenko, hace algunas semanas tuve que desprenderme de mi viejo Cadillac, de modo que solo me queda el Thunderbird: es un coche deportivo, poco adecuado para acudir a una fiesta como esta.

—¡Pero debió usted avisarme, y con muchísimo gusto le habría enviado uno de los coches de la embajada!

—No se me ocurrió. De todos modos, agradezco su amabilidad como si hubiese enviado el coche, de veras. ¿Llego muy tarde?

—Claro que no. Es usted de las primeras personas en llegar. Yo diría que puntualísima…, lo cual no es corriente en una mujer tan hermosa.

—¿Y en las feas sí es corriente? —rio Brigitte.

Ako Zenko se echó a reír y exclamó:

—¡Las feas pueden hacer lo que gusten, ya que nadie les hace caso!

—Lo que significa que si yo fuese fea no habría sido invitada a su simpática fiesta, supongo.

—¡Oh, no! No, no, por favor… Aunque sabemos apreciar su excepcional belleza, nosotros hemos invitado a la más inteligente periodista de Estados Unidos, usted me comprende.

—¿A quién? —Miró Brigitte cómicamente alrededor, como buscando a la periodista más inteligente de Estados Unidos.

Zenko volvió a reír, hizo un ademán como para tomar del brazo a la invitada, y retiró rápidamente la mano, sin haber llegado a tocar la piel femenina, que parecía de seda y oro.

—Será mejor que entremos —dijo—. Con usted, mi trabajo será muy fácil.

—¿Qué trabajo? —se interesó Brigitte, tomándose del brazo del negro, que la miró como alarmado.

—Pues… pues las presentaciones. Es una parte enojosa de estas reuniones, para mi gusto. Sin embargo, con usted no habrá problema, pues no dudo que conoce a muchísimas personalidades.

—Me temo que a todas —suspiró Brigitte—. Siempre veo las mismas caras, lo cual resulta muy aburrido en la mayoría de las ocasiones.

—Es verdad —admitió Zenko—. Unos porque son poco brillantes, y otros porque son muy reservados, estas reuniones, una vez conocidas resultan todas iguales. Espero que cuando menos la compense nuestro bufé: ¿le gusta el caviar ruso?

Estaban caminando por el vestíbulo de la embajada, hacia el salón desde el que llegaba un apagado rumor de conversaciones. Brigitte se detuvo en seco, y miró con cómico sobresalto a Zenko.

—¿Caviar ruso? —exclamó—. ¡Me encanta! Pero no sabía que los rusos fuesen los invitados de honor a su fiesta, señor Zenko.

—Claro que no lo son —se desconcertó Ako Zenko.

—Ah. Y tampoco estamos en Rusia, ¿verdad?

—Pu-pues no… Desde luego que no. Estamos en Estados Unidos.

—En ese caso, quizá debió usted ordenar que el plato básico del bufé fuese… ¡qué sé yo!, quizá jamón de York, o camarones, o langosta a la americana, por ejemplo.

Ako Zenko miraba con ojos desorbitados a Brigitte, que continuaba tomada de su brazo. El inteligente y hermoso rostro del negro había perdido buena parte de su denso color.

—Si… si usted desea… langosta preparada en alguna modalidad americana, o… o jamón de York…, o camarones…

—Ha sido una sugerencia.

—Y un tremendo error por mi parte.

—Y seguramente, el champaña será francés.

Ako Zenko palideció aún más.

—Me… me temo que sí…

—¡Menos mal! —exclamó Brigitte—. ¡No soportaría el champaña americano!

—Usted… ¡me está tomando el pelo!

—Era solo una broma, que espero no le haya molestado —rio la divina—. Mi intención era solo que afrontásemos con buen humor una velada diplomática.

—¡Pues lo está consiguiendo! —rio Zenko, aliviado—. ¡Menudo susto he tenido!

—Eso se alivia con champaña… francés.

Riendo, entraron los dos en el salón. El embajador de Zailandia, Pogo Kindo, vio enseguida a Brigitte, se disculpó rápidamente ante tres caballeros con los que estaba conversando, y acudió a su encuentro, con una anchísima sonrisa que dejó al descubierto su magnífica dentadura de cegadora blancura.

—Señorita Montfort, gracias por venir —adelantó su mano al ver el gesto de ella—… No siempre tenemos ese honor.

—¿Cómo está, señor Kindo?

—Encantadísimo. Perdone que no haya salido personalmente a recibirla, pero estaba conversando con unos caballeros…, uno de los cuales, precisamente, me pedía que se lo presentase a usted.

—¿Ah, sí? Vaya, eso significa una cara nueva. Tan nueva como la noticia que sin duda tiene usted para la prensa, señor Kindo, me imagino.

—Pues sí… Sí, en efecto. Pero si no le importa…

—Oh, puedo esperar, no se preocupe.

—De todos modos, basado en el gran respeto que siento por su labor periodística, tengo preparado un informe especial para usted —bajó la voz el embajador de Zailandia—. Tengo la certeza de que si alguien puede exponer en los periódicos los auténticos deseos y proyectos de Zailandia, ese alguien es usted. Su Sección Internacional me parece magnífica.

—Es usted muy amable. Pero no debe entretenerse más conmigo, y atender a sus invitados que le acaparaban. Yo me consolaré comiendo caviar ruso y bebiendo champaña francés hasta que llegue el momento de sus declaraciones.

Ako Zenko emitió una risita, que le valió una desconcertada mirada de su embajador, quien rápidamente volvió a mirar a Brigitte.

—Como le he dicho —murmuró—, me gustaría presentarle a uno de esos caballeros. Su nombre es Thomas Adley, y él…

—Hay tiempo —sonrió Brigitte—. Termine usted su

conversación, por favor. Mientras tanto, el señor Zenko me obsequiará con una copa de champaña. ¿No es cierto, señor Zenko?

—¡Naturalmente! —exclamó Ako, alejándose acto seguido hacia el bufé. El embajador también se alejó, un tanto dubitativo, y Brigitte quedó sola en la entrada del salón. Pero eso fue solo unos pocos segundos, pues varios caballeros y algunas damas se acercaron a ella sonrientes… Hubo apretones de manos, besitos de las damas, grititos de alegría femeninos que encubrían una profunda pero ya resignada envidia hacia la espléndida belleza de la periodista… Ako Zenko regresó con una copa de champaña para Brigitte, y se unió al grupo, que fue engrosando a medida que iban llegando más invitados. Las conversaciones se fueron animando, la música de la pequeña orquesta situada al fondo del salón era ya realmente como un fondo de acompañamiento En los diversos grupos se hablaba de varios temas, según quiénes los formasen: política, chismorreos sociales, viajes, modas, literatura… La señorita Montfort, como siempre, había tenido la habilidad de alejarse del grupito de damas que disfrutaban con los chismorreos sociales y se había adherido al de literatura, pero la terquedad patriótica de un diplomático suramericano respecto a las glorias literarias de su país la cansó pronto, y se alejó hacia el bar, donde pidió una copa de champaña. Junto a ella, un diplomático ruso la miraba con sonriente admiración, muy poco discreta, por cierto.

Brigitte se dio cuenta, y le sonrió.

—¿Es cierto —preguntó— que en Rusia a los rusos no les dejan consumir caviar ruso?

—¿De dónde ha sacado eso? —exclamó el diplomático ruso.

—Lo he oído por ahí.

—Bueno…, no sé.

—¿No sabe? Se asegura que está considerado materia de exportación exclusivamente, para el incremento de las divisas rusas. Lo que significa que debe de estar usted encantado de permanecer en Estados Unidos. ¡Cuando menos, puede comer caviar ruso!

—Es usted muy simpática —murmuró el ruso—. Y de todos modos el caviar ruso es bueno, se coma donde se coma.

—Por supuesto. Yo adoro el caviar ruso. Lo que me pregunto es si los rusos también lo adoran. Quiero decir, los rusos que no comen caviar ruso.

Su interlocutor alzó su copa, y dijo, en ruso, ignorante de que le iban a entender perfectamente todas y cada una de sus palabras:

—Tienes una lengua de víbora…, pero me gustaría morderla, preciosa.

—¿Perdón? —Alzó las cejas Brigitte—. ¿Qué dice?

—Decía —mintió con todo aplomo el ruso— que tampoco tenemos allá champaña francés, y nadie se suicida por ello. Perdone que haya hablado en ruso; suele ocurrirme cuando me irrito un poco.

—Le comprendo: a mí me pasa lo mismo.

—¿Habla usted en ruso cuando se irrita? —Sonrió el ruso.

La ironía era muy fina, pero, desdichadamente para él, el diplomático no sabía con quién se las estaba viendo. ¿Le gustaban los juegos de palabras? Muy bien.

—¡No, no, yo no hablo ruso! —Mintió candorosamente la señorita Montfort—. Aunque a veces, me gustaría hablarlo, para insultar impunemente a las personas que me molestan y que no lo hablan… De todos modos —reflexionó—, creo que no lo haría: eso sería propio de una persona grosera y sin recursos mentales, ¿no le parece?

Al diplomático ruso casi se le había escapado la copa de entre los dedos, y estaba rojo como una zanahoria.

—Sí, sí —consiguió tartamudear—… Tiene razón, claro… Le ruego… le ruego que me disculpe: estaba… conversando con…

—¡Por favor! —Rechazó Brigitte las disculpas—. Está usted disculpado, no faltaba más. Ya nos iremos viendo.

—Sí… Sí, sí. Ha sido un placer saludarla.

—Lo mismo digo —sonrió angelicalmente la bellísima.

El ruso se alejó, todavía sofocado, y Brigitte, estirados los sonrosados labios en una sonrisita divertida, bebió un sorbito de champaña…

—¿Señorita Montfort? —Oyó tras ella.

Capítulo IV

Se volvió lentamente, y miró con simpática sorpresa al hombre que la había interpelado. Enseguida, sonrió.

—¿Qué tal, señor Adley? —se interesó.

El hombre se desconcertó visiblemente. Era alto, apuesto, de apenas cuarenta años, elegante. Había en él ese gesto, esa apostura casi insolente de quien siempre sabe el terreno que pisa…, aunque en esta ocasión le hubiese resultado un tanto resbaladizo.

—¿Me conoce usted? —preguntó por fin.

—No le conocía hasta ahora —replicó Brigitte—. Pero al llegar, el señor Kindo me dijo que quería presentarme a un caballero llamado Thomas Adley. Usted estaba en su grupo, yo no le conocía, y me dije que ese caballero podía ser usted. Por otra parte, solo un caballero que tuviese gran interés en conocerme habría demostrado tanta impaciencia. ¿Por qué quería usted que nos presentasen, señor Adley?

—Caramba —consiguió murmurar por fin el hombre—…, ¡a eso le llamo yo razonar, señorita Montfort! Aunque, realmente, no debería sorprenderme en usted.

—¿Por qué?

—Bueno, tengo entendido que es una periodista muy… inteligente y lúcida. De otro modo no sería la directora de la Sección Internacional del *Morning News*.

—Seguramente. Parece que sabe usted muchas cosas de mí.

—Muchas, pero no todas. Y como sucede que usted nos interesa, estamos dispuestos…

—¿«Nos interesa»? ¿A quién más se refiere, señor Adley?

—A un grupo de… amigos.

—¿La «Galaxia Corporation»?

Thomas Adley lanzó un fuerte respingo, y se quedó mirando sobresaltado por un instante a Brigitte. Enseguida, murmuró:

—¿De dónde ha sacado usted ese nombre?

—Lo mencionó el doctor Ludwig Baldus segundos antes de morir asesinado en su despacho de la Maternal Klinic, en Lausana [2].

—¡No es posible!

—Le aseguro que sí. Pero no debe culpar de ello a la pobre Dalilah, que en el infierno esté, sino a mis propios recursos. Realmente, si quien encontró al doctor Baldus en aquel momento hubiese sido otra persona, no habría podido escucharle ni una sola palabra. Yo sí lo conseguí.

—¿Cómo? ¿De qué modo?

—Bueno —sonrió la divina—, esa es una de las cosas que ustedes no van a saber de mí, señor Adley.

—Estamos dispuestos a saberlas todas.

—¿Para qué?

—Ya le he dicho que usted nos interesa… ¿Ha hablado con alguien de la «Galaxia Corporation»?

—Oh, no. No suelo aburrir a mis amigos con tonterías.

—¿Tonterías? —exclamó Adley, sofocado—. ¡Usted no sabe lo que dice!

—Hoy no es mi día —torció el gesto Brigitte—: ya van dos caballeros descorteses que se interponen en mi camino. Eso, sin contar una broma en una librería y un intento de asesinato en un taxi… ¿Puedo saber a qué estamos jugando, señor Adley?

—¿Jugando?

—Evidentemente. Dadas las circunstancias, comprendo perfectamente que si ustedes en verdad hubiesen querido matarme, yo ya estaría muerta. ¡Es tan fácil matar a una persona que no sabe por dónde le pueden venir los tiros!

La expresión de Adley era ahora de franca admiración.

—Usted… usted no está asustada —murmuró.

—En absoluto. Pero eso no es un gran mérito, considerando que ustedes no quieren matarme.

—¿Cómo puede decir eso? Le colocamos anoche una bomba en su apartamento, y esta mañana una de nuestras especialistas tenía la orden de matarla en un taxi. ¿Lo ha olvidado?

—Nunca olvido nada —sonrió Brigitte—. Pero tengo la impresión de que ustedes sabían que yo saldría con bien de ambas situaciones. Mejor dicho: esperaban que lo consiguiese. Había un

riesgo, claro, pero si yo hubiese sido una persona incapaz de resolver a mi favor determinadas situaciones, bien muerta estaría: no les habría importado, ya que habría quedado demostrado no estar a la altura que ustedes exigen. Ahora, al haber superado esas… pruebas, tanto de inteligencia con el acertijo, como de… habilidad en los otros casos, han decidido que sí les intereso. ¿Para qué, señor Adley? Teniendo en cuenta todo lo poco que ya sé sobre la «Galaxia», quizá les convendría más que ya estuviese muerta. Y si no estoy muerta es que valgo lo bastante para ustedes. ¿Correcto?

Thomas Adley consiguió cerrar la boca, que había permanecido abierta en gesto de pasmo.

Se pasó una mano por la frente.

—Demonios —murmuró—… ¡Usted piensa demasiado deprisa para mí, señorita Montfort!

—¿De veras? Vaya, entonces quizá sea usted quien no reúna los requisitos mínimos para pertenecer a la «Galaxia»…, y eso podría engendrar una orden de eliminación de su persona, señor Adley.

—¿Qué dice usted? —jadeó Adley, lívido.

—¿Se ha asustado? —preguntó con infantil ingenuidad la más peligrosa espía del mundo—. De veras lo siento. Creo que le sentaría bien una copa de champaña… No, mejor un *whisky*. ¿Desea que se lo pida, señor Adley?

—No… No, no.

—Como guste. Bien, estábamos hablando de mí, tema que no me complace demasiado, pero que considero inevitable en este momento: ¿por qué o para qué les intereso a los señores de la «Galaxia»?

—Bien… Hemos decidido incorporar a nuestra organización un cerebro de primer orden en periodismo.

—Es muy halagador que me consideren un cerebro de primer orden. Y entiendo, naturalmente, que en el futuro mis escritos en la prensa estarían… digamos orientados por ciertas consignas.

—Naturalmente.

—¿A cambio de qué? ¿Qué ganaría yo con eso?

—Un millón de dólares al año.

—¡Cielos! —exclamó Brigitte cómicamente—. ¡Un millón! ¿Con impuestos o sin impuestos?

—¿Se está burlando de mí?

—No, no… ¿Acaso conoce usted a alguien capaz de burlarse de un millón de dólares?

—Usted podría ser esa persona.

—¿Yo? ¡De ninguna manera! ¿Ha dicho usted… al año? ¿Cada año un millón de dólares limpios?

—En efecto.

—¿Y si no acepto?

—Le sugiero que acepte. No todo nuestro personal especial es de la baja calidad de Dalilah.

—Entiendo. Eso es una amenaza en toda regla.

—Sí.

—La verdad es que no me gustaría morir, tan joven y tan… hermosa. ¿Le parezco hermosa, señor Adley?

—Mucho más que eso. No encuentro la palabra justa.

—Mmm… ¿Qué le parece «divina»?

—Esa palabra empieza a ajustarse a su belleza.

—Muy amable. ¿Cuándo empiezo a trabajar?

—Temo que tendrá que hacerlo esta misma noche, antes de que entre en máquinas el *Morning News* de mañana. Deberá escribir algo en su Sección Internacional.

—¿Qué debo escribir? —preguntó dócilmente Brigitte.

—Dentro de un rato, el señor Kindo comunicará oficialmente que su país pretende nacionalizar las minas de platino de sus grandes yacimientos en la costa africana, y con ese fin solicitará ayuda económica de otros países, especialmente de Estados Unidos, a fin de efectuar en Zailandia las oportunas compensaciones a las compañías privadas que actualmente tienen la explotación del platino, y, también, para adquirir la maquinaria ya en uso y material más moderno.

—Es una medida drástica, que suele resultar impopular.

—En este caso, no lo sería, ya que el presidente de Zailandia ha tomado esa decisión con el único objeto de beneficiar a su pueblo, a los zailandeses. Actualmente, los trabajadores de los yacimientos están cobrando unos sueldos de auténtico escarnio humano, prácticamente de esclavos. Pues bien: el presidente de Zailandia piensa nacionalizar los yacimientos con el fin de hacerse cargo de las nóminas de los trabajadores, cuyo importe sería aumentado prácticamente hasta el doble, y, además, comenzaría a funcionar un

sistema de seguridad social que garantizaría todos los cuidados médicos y el cobro de los sueldos por enfermedad.

—¿Quiere decir que ahora los trabajadores de esos yacimientos no cobran si están enfermos?

—Claro que no cobran.

—Claro. Si quieren cobrar, han de trabajar como esclavos.

—Es una descripción un poco dura y tajante, pero cierta.

—Y lo que yo debo escribir en mi Sección es…

—Desaprobar esa nacionalización de los yacimientos.

Por un instante, Brigitte se quedó mirando con incredulidad a Thomas Adley. Luego, volvió a sonreír angelicalmente.

—Si entiendo bien, yo debo utilizar todos mis… recursos periodísticos, y mi gran influencia periodística para… mentalizar a la opinión pública de que los negros zailandeses deben seguir como están ahora: explotados y desatendidos médica y socialmente.

—Exacto. Tenemos la seguridad de que usted sabrá enfocar las cosas de modo que resulten convincentes, y que, cuando menos, su exposición de la situación haga desistir a muchas personas de ayudar a Zailandia. ¿Se cree capaz de ello?

—Sí. Pero supongamos que me niego. ¿Qué ocurriría?

—Mucho me temo que no dispondría usted de mucho tiempo para arrepentirse de su decisión: mañana, no podría usted leer en los periódicos que la periodista señorita Montfort había sido asesinada. Tampoco podría leer la información sorprendente de que el señor Pogo Kindo, embajador de Zailandia, se había… suicidado. Con esto, se organizaría tal revuelta diplomática y económica, que podríamos detener la marcha de las negociaciones durante bastante tiempo. Pero, preferimos utilizar medios menos… aparatosos.

—Preferimos… Eso significa que la «Galaxia» es autora de esta brillante idea de impedir la nacionalización de esos yacimientos de platino. ¿Por qué? ¿Tiene la «Galaxia» intereses económicos en esos yacimientos?

—Digamos —sonrió Adley— que la casi totalidad de esas minas pertenecen a unas compañías subsidiarias de la «Galaxia».

Brigitte Montfort asintió, en silencio. Luego, bebió un sorbito de champaña, y quedó pensativa. Bebió otro sorbito, dejó la copa, y miró a Thomas Adley.

—Me gustaría saber una cosa, señor Adley: ¿cómo me han

localizado ustedes?

—Puesto que usted intervino en el asunto de Suiza hace un par de semanas, no debería sorprenderse de que la hayamos localizado.

—El caso es que yo estuve allí con otro nombre, no con el de Brigitte Montfort. En cuanto a mi aspecto físico, tampoco fue en Lausana el que usted está viendo ahora, sino bastante diferente. En cuanto al nombre que utilicé, fue el de Tania Ploss. Así qué… ¿cómo han relacionado a la rubia Tania Ploss con la morena Brigitte Montfort, residente lejos, muy lejos, de Suiza?

—Estoy seguro de que si se dedica a pensar en ello, usted misma encontrará la solución —sonrió Adley, alegremente—… Mientras tanto, claro está, nosotros seguimos interesándonos por usted. Algunos caballeros muy, muy importantes de las altas esferas de la «Galaxia» se están preguntando qué hacía la señorita Montfort en Suiza y cómo pudo escapar de una situación que parecía insalvable. Partiendo de ese asombro, el interés por usted ha ido aumentando continuamente, Me consta que ha habido auténtico pasmo en la «Galaxia» cuando he informado de que usted había matado a Dalilah de un par de golpes. Ha causado usted desconcierto y asombro…, y un interés tal que, además de emplearla, quieren saber cuál es la verdadera personalidad de una famosa periodista que hasta ahora estaba considerada como un ser… angelical. De modo que seguimos investigando.

—¿Y por qué no me preguntan a mí?

—Preferimos utilizar nuestros sistemas de investigación. No solo para evitarnos escuchar mentiras, sino porque siempre que se investiga a fondo a una persona surgen muchas ramificaciones dignas de interés cuya explicación podría convenir mucho a la «Galaxia». La pregunta en la que basamos toda la investigación sobre usted, es la siguiente: ¿cuál es la auténtica personalidad de Brigitte Montfort? ¡Y no me diga que es usted una simple periodista!

—¿Por qué no?

—Porque no —negó seriamente Thomas Adley—. Y como estamos seguros de eso, andamos buscando las… ramificaciones. Claro que si usted quiere facilitarnos las cosas…

—Lo haría con mucho gusto —sonrió Brigitte—, pero entonces sus investigadores se aburrirían, sin nada que hacer. ¡Vamos a

dejarles que sigan trabajando! Además, es obligación de todo ser nacido ganar el pan con el sudor de su frente… Bueno, de casi todo ser nacido, ya que esto no reza para los señores de la «Galaxia», que ganan su pan con el sudor de la frente… de la frente de los demás, se entiende.

—¿No le parece una actitud inteligente?

—Muchísimo. Dígame, Adley: ¿quién dirige todo esto?

—¿Se refiere a la «Galaxia»…? Bueno, naturalmente, la dirige nuestro director general.

—¿Quién es esa persona? ¡Me gustaría tanto conocerla…!

—Informaré de su deseo —sonrió Adley—. Bien, puesto que usted ha aceptado un puesto en la «Galaxia», todo va a ser tranquilo esta noche, así que puedo permitirme… divertirme un poco. Creo que ahora sí voy a tomar un par de *whiskies*. ¿Le apetece?

—Prefiero seguir envenenándome con champaña. Ah, una cosa, Adley: ¿cómo puedo ponerme en contacto con usted si tengo que consultarle algo?

—Soy muy fácil de localizar: desde la simple consulta al listín telefónico a preguntarle, por ejemplo, al señor Kindo, nuestro simpático anfitrión, al que no hace mucho le hice un importante seguro de vida.

—¿Es usted agente de seguros? —Se sorprendió Brigitte.

—Soy director de la Eagle Insurance, la cual…

—… Es una filial de «Galaxia Corporation».

—¡Exacto! —Rio Adley—. Y como usted comprendería muy pronto por sí misma a poco que pensase, la Eagle Insurance es la compañía que tiene asegurados toda clase de percances en…

—… Las compañías mineras actualmente explotadoras de los yacimientos de platino de Zailandia —terminó Brigitte, con gesto en verdad admirado.

—Ni más ni menos —volvió a reír Adley.

—Fantástico… ¡Fantástico!

—Eso no es nada, se lo aseguro. ¡Si supiese usted cuál es el poder mundial de la «Galaxia»…!

—Se me ocurre algo: ¿por qué en vez de «Galaxia» no utilizamos, a partir de ahora, el nombre de «Multinacional Telaraña»?

Thomas Adley se echó a reír de muy buena gana. ¡Cuando

menos, no podía dudarse que la señorita Montfort tenía un ingenio y un humor a toda prueba!

—¡Se lo propondré a nuestro director genera! —exclamó en cuanto pudo hablar.

—Salúdelo de mi parte. Oh, me parece que el señor Kindo se dispone a darnos la… buena noticia de la hipotética nacionalización de las minas de platino de su país. Espero que termine pronto su jubilosa información, porque tendré que salir a toda prisa para escribir sobre ello, a fin de que el artículo salga en el *Morning* por la mañana…

—Estoy seguro de que será un artículo… contundente.

—Sin la menor duda, amigo Adley. Hace muchos años que todos mis artículos son contundentes. Ya verá como le gustará mucho. A quien no sé si le gustará es al señor Kindo…

Capítulo V

Ni siquiera eran las ocho de la mañana cuando sonó el teléfono en el apartamento de la señorita Montfort. Esta lo oyó, pero se había acostado muy tarde escribiendo el artículo, es decir, dictándolo directamente al linotipista del *Morning News*, de modo que refunfuñó algo, se revolvió en la cama, y se dispuso a dormir un par de horas más.

No pudo ser. Peggy apareció en el dormitorio, con no poco reparo, y susurró:

—Señorita… ¿está despierta?

—Oh, no —gimió Brigitte—… ¿Quién es, Peggy?

—Es el señor Kindo, de la Embajada de Zailandia. Le he dicho que no sabía si…

—Atenderé esa llamada —dijo Brigitte, tendiendo la mano hacia el aparato supletorio de su mesita de noche—… ¿Sí, señor Kindo?

—¡Señorita Montfort! —Tronó la voz de Pogo Kindo—. ¡Temo que la estoy molestando a tan temprana hora de la mañana, pero no podía esperar más para darle las gracias! ¡Quiero que sepa que se ha ganado usted el más grande aprecio de Zailandia en general y mi mayor afecto personal! No sé cómo agradecerle su artículo, no sé qué decir… ¡Es magnífico!, el mejor de todos cuantos han aparecido en la prensa de hoy, y quisiera…

—Bueno, bueno, señor Kindo —rio la divina, sentándose en la cama—, me parece que está usted exagerando…

—¿Exagerando? —Aulló Kindo—. ¡Nada de eso! La admiraba ya a usted profundamente, pero después de esto, de verdad, ¡no sé qué decir! Ha expuesto usted las cosas de tal modo que tengo la seguridad de que Zailandia va a recibir de inmediato toda la ayuda que precise para la nacionalización de las minas… ¡Estoy seguro de que incluso habrá competencia entre los países poderosos para ayudarnos! Y luego, el modo en que usted habla de mi país, la

información tan bien documentada que facilita al público…

—Señor Kindo, no debe estar tan sorprendido y admirado, créame. Cuando anoche fui a su simpática fiesta, ya tenía pensado el artículo, en ese aspecto. Y me olía algo relacionado con sus minas de platino, de modo que me presenté allí prácticamente con el artículo ya pensado, y solo un poco a la expectativa, a ver qué decía usted. Y como lo que dijo me gustó, he actuado en consecuencia.

—¡Pero usted… usted es una periodista excepcional! ¡Y sabe cómo conmover no ya solo a los ciudadanos, sino a las altas esferas! Señorita Montfort, espero conseguir enseguida una invitación para usted de nuestro presidente, la propondré para ciudadana de honor de Zailandia, solicitaré… ¡Le he enviado un ramo de flores! Quisiera…

—Me está usted abrumando, señor Kindo.

—¡Nada de eso! ¡No sé cómo…!

La admiración y el agradecimiento de Pogo Kindo todavía se pusieron de manifiesto con más vehemencia durante unos minutos. Por fin, llegó la despedida, y Brigitte colgó el auricular, mirando sonriente a Peggy, que había permanecido en el dormitorio, también sonriente. La voz de Pogo Kindo había sonado tan alta que hasta la rubita ama de llaves había podido escucharla.

—No cabe duda, Peggy —dijo Brigitte—, de que el señor Kindo es un bien nacido.

—¿Por qué dice eso, señorita?

—Porque hay un refrán español que dice: es de bien nacido ser agradecido. Y el señor Kindo lo es. Bueno, creo que ya no podría dormir más.

—¿Le preparo el baño?

—Sí, gracias. ¿No ha llamado tío Charlie?

—No… No, no.

—Ya llamará.

En efecto, Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de la CIA en Nueva York, llamó, unos cincuenta minutos más tarde, cuando Brigitte estaba ya secando su hermoso cuerpo ante el espejo del cuarto de baño y pensando en cómo le habría sentado a Thomas Adley su artículo sobre Zailandia. Por supuesto, tenía que haberle sentado mal, muy mal, sin duda alguna… Pero a decir verdad, Brigitte no esperaba que le hubiese sentado tan definitivamente mal como le

anunció Pitzer cuando ella se puso al teléfono:

—Se ha suicidado —dijo Pitzer.

—¿Qué? ¿Quién se ha suicidado, tío Charlie?

—Thomas Adley.

La divina espía tuvo la impresión de que le caía encima una lluvia de hielo.

—¿Se ha suicidado? —susurró—. ¿Adley? ¿Está seguro?

—Segurísimo. Tengo un par de hombres metiendo las narices por allí, pero, de acuerdo a los deseos de usted, no estamos interviniendo, lo estamos dejando todo en manos de la policía.

—Sí, sí… Perfecto. Por Dios… ¡Suicidado! ¿Sabemos algo de cómo ha sido?

—Todavía no. Parece que el secretario de Adley pasó a buscarlo esta mañana a su apartamento, como suele hacer, y lo encontró muerto. Tal como ocurría muchas mañanas, la asistenta de Adley había llegado con el secretario, y la mujer se puso a gritar; llamaron a la policía, y eso es todo lo que sabemos, por ahora. Bueno, también sabemos adónde fue anoche Thomas Adley cuando salió de la fiesta en la embajada de Zailandia; de acuerdo a sus instrucciones, lo seguimos.

—¿Adónde fue?

—A un yate amarrado en el embarcadero del Sportwater Club. Estuvo allí apenas diez minutos. Luego, salió y se dirigió directamente a su apartamento. Lo próxima noticia de él ha sido la del suicidio. El nombre del yate es *Star*.

—*Estrella*… Sí, muy adecuado para una galaxia…

—¿Qué?

—Nada, yo me entiendo.

—Bueno, pero quizá podría sincerarse conmigo, ¿no le parece? Está usted movilizando todos los efectivos del Sector, así que…

—Espero facilitarle información más completa muy pronto, tío Charlie. Por el momento, le agradezco que me esté ayudando a ciegas… ¿A quién pertenece el yate *Star*?

—A un millonario llamado Norman Haverman. Por ahora sabemos que tiene negocios siderúrgicos en Pittsburg, pero podemos rastrearlo más, si lo desea.

—Háganlo, sí, por favor. Pero con exquisito cuidado. ¿Qué me dice de la pistola que le llevé ayer a la floristería?

—Ah, sí, la pistola de aquella tal Dalilah… Bueno, pues nada. Conseguimos algunas huellas de esa asesina, además de las de usted, y las hemos enviado a la Central. Me comuniqué directamente con Cavanagh, y me dijo que si no teníamos nada en nuestros archivos, pediría la posible identificación de esas huellas al FBI… Pero por el momento, no hay nada.

—Me lo temía. Seguramente, Dalilah no tenía antecedentes aquí. Ni siquiera era norteamericana. Yo diría que era alemana, o quizá del cantón alemán de Suiza…

—¡No me dijo eso ayer!

—En realidad no tenía grandes esperanzas de conseguir una pista por ese medio.

—Ah… Bueno, si quiere puedo sugerirle a Cavanagh que envíe a Europa esas huellas y la pistola, y quizá…

—No, no, no… Demasiado movimiento para mis Simones, tío Charlie. Por el momento, que sigan buscándolas en la Central y en el FBI. Además, ya tengo la pista del yate *Star*, y espero poder arreglármelas con eso. ¿Están vigilando el yate?

—Naturalmente.

—Muy bien. Pero que se limiten a eso. ¿De acuerdo?

—¿Va a ir usted a ese yate?

—Zambomba, tío Charlie, ¡vaya pregunta!

Efectivamente, el yate *Star* estaba anclado en el embarcadero del club de yates privado llamado Sportwater, nombre que a la señorita Montfort le pareció cómico: ¿qué otros deportes, sino los de agua, podían practicarse con un yate?

La ingeniosa respuesta que se dio a sí misma no le hizo ninguna gracia: pues, por ejemplo, podía practicarse el deporte del asesinato, que puede practicarse en cualquier parte…

Estuvo como un minuto observando el yate. Y justo en ese minuto, hubo movimiento en la hermosa embarcación de impoluta blancura: una pequeña camioneta se detuvo delante mismo del *Star*, y dos hombres con mono de color marrón claro que llevaban en la espalda el nombre de un gran supermercado comenzaron a descargar cajas de varios tamaños, cajones con botellas, paquetes… Todo ello fue subido al *Star*, en cuya cubierta habían aparecido tres tripulantes de bonito uniforme blanco, azul y rojo, con una

encantadora gorra blanca y azul. El traslado de las vituallas duró apenas diez minutos. Luego, observada impasiblemente por Brigitte, la camioneta abandonó el embarcadero del Sportwater Club.

«Parece que se disponen a zarpar —reflexionó Brigitte—… Y me pregunto si ello es debido a que saben ya que Thomas Adley se ha suicidado…, después de leer el *Morning News*. Es la primera vez que mato a un hombre escribiendo un artículo. ¿O no se ha suicidado debido al disgusto que le he dado el desobedecer sus órdenes? ¿O quizá ni siquiera se ha suicidado, sino que ha sido… eliminado?».

Demasiadas preguntas para hacérselas a sí misma, de modo que decidió hacérselas al señor Norman Haverman, propietario del *Star*. Así pues, con toda tranquilidad, la señorita Montfort se dirigió hacia el yate, y lo abordó.

Era una mañana de intenso calor, con un sol que parecía envuelto en algodón blanquecino. Las aguas del Harlem River parecían de chocolate. Nauseabundo. Nadie había molestado a la señorita bellísima y elegante que había accedido a las instalaciones del Sportwater Club, pero sí fue frenada por la presencia de dos de los tripulantes del yate, que subían a cubierta a por más vituallas para llevarlas a la despensa del barco.

—¿Busca usted a alguien, señorita? —preguntó amablemente uno de los tripulantes.

—Sí. Al señor Haverman, con toda urgencia. Díganle que está aquí Brigitte Montfort… ¿O quizá todavía está durmiendo?

El tripulante no contestó. Como su compañero, tomó parte de la carga, y desapareció en el interior del yate. Reaparecieron ambos antes de un minuto.

—Tenga la bondad de seguirme, señorita Montfort.

—Muchas gracias.

El hombre la condujo hasta el saloncito del yate. Allí, además de algunas cajas grandes y paquetes diversos, había tres hombres sentados en un diván corrido bajo el alargado ventanal a nivel de la cubierta. Las cortinas estaban corridas, y solo un resplandor lechoso, como sofocante, iluminaba el lugar.

Brigitte miró rápidamente de uno a otros hombres, pero no pudo ni siquiera aventurar cuál de ellos podía ser Norman Haverman. Los tres rondaban los cincuenta años, y, aunque diferían de sí en el

aspecto físico, había en ellos, en sus ropas, en sus rostros, el común denominador del hombre triunfador, desconfiado, duro de pelar y siempre seguro de sí mismo.

Los tres hombres se habían puesto en pie con natural cortesía, y uno de ellos se adelantó, exhibiendo una protocolaria sonrisa no menos cortés.

—Brigitte Montfort… ¿la periodista? —preguntó.

—Así es —asintió Brigitte—. ¿Es usted el señor Haverman?

—A sus pies. Me temo que no nos conocíamos de antes, señorita Montfort.

—No.

—Bien… Si en algo puedo servirla…

—¿Saben ustedes ya que Thomas Adley se ha suicidado?

Se hizo un denso silencio. Los tres hombres la miraban fijamente. Por fin, Haverman susurró:

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Le llamé esta mañana temprano, y me contestó una voz de hombre que no conocía. Insistí en hablar con Adley, pero el hombre que no conocía insistió a su vez en saber quién era yo. Así que, sin decírselo, me fui a ver a Adley personalmente. De este modo me he enterado de que se ha suicidado.

—Está bien. ¿Y cómo se ha enterado de mi nombre y del modo de encontrarme? ¿Se lo dijo Adley, quizás?

—No —sonrió Brigitte—. Simplemente, anoche le seguí, le vi subir a este yate, donde permaneció unos minutos…, tiempo que yo invertí en interesarme por el nombre del propietario del *Star*.

—¿Siguió usted a Adley anoche?

—Eso he dicho.

—¿Y además tuvo tiempo de escribir luego su… interesante artículo sobre Zailandia?

—Bueno, no lo escribí, hablando con exactitud: me fui al *Morning* con el tiempo justo para dictarle directamente el artículo al linotipista, y así pude conseguir que apareciese en la edición de esta mañana. Todo un poco precipitado, pero me salí con la mía.

Haverman parpadeó. Señaló a Brigitte un silloncito, y cuando ella se hubo sentado lo hizo él, y sus dos acompañantes, que parecían mudos. Pero no lo eran, porque apenas estuvieron sentados uno de ellos preguntó:

—¿Se le ha ocurrido a usted pensar que Adley se ha suicidado precisamente debido a su artículo, señorita Montfort?

La periodista-espía fingió magníficamente un gran sobresalto.

—¡Qué dice usted! —exclamó—. ¡Qué barbaridad, no creo…!

—Señorita Montfort —intervino el tercer sujeto, demostrando que tampoco él era mudo—, nosotros recibimos anoche el informe verbal y directo de Thomas sobre la conversación que sostuvo con usted en la embajada de Zailandia, a la que sabíamos había sido invitada, de modo que nos pareció un lugar idóneo, muy apropiado para esa conversación. Según Thomas Adley, usted y él llegaron a un acuerdo. ¿Quizás él nos mintió?

—No.

—En ese caso, no comprendemos que después de aceptar usted unas… cordiales relaciones con nosotros, se haya atrevido a publicar un artículo cuyo contenido es totalmente opuesto a lo que se convino entre usted y Adley.

—¿Realmente él se ha suicidado por eso?

—Si usted supiese de lo que es capaz la «Galaxia» con los que fracasan tan estrepitosamente como Thomas Adley —deslizó roncamente Norman Haverman— comprendería perfectamente que el pobre muchacho haya preferido suicidarse.

—Y ya que hablamos de suicidios —intervino uno de los otros dos—, le sugerimos que piense para usted misma el que le parezca más dulce.

Brigitte, que iba mirando de uno a otro, terminó por sonreír encantadoramente.

—Jamás pasó ni pasará por mi mente la idea del suicidio señores. Y no por cuestiones religiosas, sino porque resulta que si me suicido, si pierdo mi vida, pierdo lo único que realmente tengo, lo único que realmente es mío. No pienso suicidarme, ni ahora ni nunca.

—Bueno —masculló Haverman—, es muy posible que no tardando mucho esté usted en una situación que le haga desear la muerte; en tal situación que si entonces pudiese suicidarse, lo haría. Solo que ya no estará a tiempo de morir… dulcemente y cuando usted quiera, no sé si me entiende.

—Por supuesto que sí. ¿Sabe, señor Haverman, que son ustedes muy poco educados? Estamos aquí hablando, hablando, y ni

siquiera me ha presentado a sus amigos.

—Sabiendo quién soy yo, ya sabe usted demasiado. Admito que es usted muy audaz…, y ya sé que también es una mujer… sorprendentemente peligrosa, pero sus días, quizá sus minutos, están contados, lo ha buscado usted misma.

—¿Por qué?

—¿Cómo, por qué? —Gruñó otro—. ¡Parece que usted no entiende bien lo que le dicen, señorita Montfort!

—Le aseguro que lo entiendo todo: soy muy inteligente.

—Lo dudo. Si realmente fuese usted tan inteligente, habría escrito ese artículo de acuerdo a las indicaciones de Adley. Al no hacerlo así, al demostrar su… carácter rebelde e independiente, ha disgustado a la «Galaxia». Y eso, señorita Montfort, es mortal. La «Galaxia» no admite desobediencias, ni siquiera en los que se creen inteligentes. Una orden es una orden. Y las órdenes se dan para que se cumplan, sea quien sea el destinatario de esas órdenes. ¿A usted o se le ocurrió pensar esto?

Brigitte, que había abierto su maletín rojo con florecillas azules estampadas para sacar de él cigarrillos y el encendedor, prendió la llamita de este en uno de los cigarrillos. Expelió el humo mirándolo como distraída, y, de pronto, miró a Haverman.

—Señor Haverman, yo no he venido aquí a presumir de lo que no tengo. Si digo que tengo mucha inteligencia, es que la tengo. Y si usted lo duda, está en su derecho. Pero, en ese caso, yo solicito ser recibida por alguien que esté más… capacitado que ustedes para valorar mi inteligencia.

—¿Qué quiere decir? —Palideció Haverman, irritado.

—Quiero decir que quizá los tontos sean ustedes, por creer que yo soy tan tonta de presentarme aquí después de haber faltado al compromiso con Thomas Adley. ¿Creen que me habría metido en la boca del lobo si no tuviese algo que ofrecer?

—¿Qué tiene usted que ofrecer? —inquirió uno de los otros.

—Ya lo he dicho: mi inteligencia.

—No ha demostrado tenerla.

Brigitte volvió a mirar uno a uno a los tres hombres. Suspiró como desalentada, apagó el cigarrillo recién encendido en el cenicero de la cercana mesita de laca, y tras cerrar el maletín, se puso en pie.

—Buenos días, señores…

—¡Un momento! —Se puso en pie bruscamente Haverman—. ¿Adónde cree usted que va?

—¿No puedo marcharme?

—¡No!

—Eso es una tontería. Si no salgo de aquí… ¿cómo podrá tener el simpático Melvin la oportunidad de asesinarme? ¿Acaso piensan hacerlo ustedes mismos? No puedo creer eso… En primer lugar, porque ustedes son lobos de presa, pero no de esa clase. Y en segundo lugar porque no pueden ser tan cretinos de matarme en su propio yate, señor Haverman…, considerando que quizá yo tengo amigos esperándome afuera. ¿No se les ha ocurrido eso? Pues deberían haber pensado en ello, y en que si Melvin, o quizás el chófer cobarde del taxi, se atreven a atacarme…

—Espere un momento —susurró Haverman.

Se oían en los peldaños tas pisadas de los dos tripulantes que descendían con más carga. Cuando aparecieron en el saloncito Norman Haverman les hizo una seña y los dos hombres, sin comentario alguno, procedieron a desclavar dos de las cajas grandes, utilizando palanquetas de hierro. Cuando hubieron arrancado las tablas, Haverman señaló las dos cajas.

—¿Quiere echar un vistazo ahí, por favor?

Brigitte alzó las cejas, como displicentemente interesada, pero se acercó a mirar el contenido de las dos cajas.

No había víveres en ellas.

Había cadáveres. En una de las cajas vio el cadáver lívido y retorcido de Melvin. En la otra, con los ojos desorbitados y el pecho lleno de sangre, estaba el chófer del taxi en el que Dalilah había pretendido asesinarla.

Brigitte se limitó a mirar de nuevo, impasible, a Haverman, quien murmuró:

—Como usted ve, no tiene nada que temer de ellos. Dentro de muy poco, estarán para siempre en el fondo del mar.

La espía sonrió de un modo que escalofrió a los tres hombres.

—¿Y ustedes no? —preguntó.

Ninguno contestó. Brigitte volvió a sentarse, permaneció pensativa unos segundos, y de nuevo miró a Norman Haverman.

—Le voy a demostrar que soy inteligente, señor Haverman. Todo

este asunto de Zailandia fue encomendado a ustedes tres —los señaló con un dedito—… No sé qué hubieran hecho de no contar conmigo. Pero el hecho cierto es que decidieron utilizarme. Con la información de mi nombre y lo que había ocurrido en Suiza, prepararon el plan, cuya base era mi artículo en el *Morning News*, y con cuyo éxito pensaban conseguir la… admiración del director general de «Galaxia», que les había encomendado la tarea. Pero, por mi culpa, han fracasado en toda la extensión del plan. Debido a ello, Adley se ha suicidado, Melvin y el chófer han sido eliminados, y ustedes se disponían a zarpar. A poco que se fijen, observarán que todos los que han ido interviniendo en este asunto fracasado, han pasado a peor vida…, salvo ustedes. ¿Por qué suponen que ustedes, que han decidido la eliminación de determinadas personas, no van a ser eliminados a su vez por órdenes emanadas de esferas superiores de la «Galaxia»? ¿De verdad no temen eso?

—Claro que no —jadeó Haverman.

—¿Por qué no? Ustedes no son más que… pequeñas estrellas de la «Galaxia», si me permiten el juego de palabras; estrellas algo más grandes que Thomas Adley, quizá, pero nada más que estrellas…, y no de gran magnitud, desde luego. Pero, en fin, si realmente no necesitan mi ayuda…

—¿Qué clase de ayuda?

—Ya les he dicho que tengo algo que ofrecer; algo lo bastante importante como para preservar sus vidas…, y la mía, naturalmente. Pero no insistan en que se lo explique a ustedes: quiero entrevistarme con alguna… estrella de más magnitud. ¿Y bien?

Norman Haverman y sus compañeros cambiaron unas miradas. Acto seguido se alejaron de Brigitte, y estuvieron un par de minutos conferenciando en cuchicheos. Por fin, Haverman se acercó a Brigitte.

—Le diré lo que vamos a hacer, señorita Montfort: vamos a utilizar la radio para consultar sobre su propuesta, y si nos autorizan, la llevaremos a un lugar donde será atendida por alguien de mayor importancia que nosotros. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió Brigitte—… ¿Les importa indicarme el cuarto de baño?

—¿Qué le ocurre?

Brigitte lo miró asombrada.

—Nada anormal —dijo festivamente—. Es una necesidad fisiológica corriente en los seres humanos. Y mientras tanto, hagan esa llamada… Ya verán ustedes como sus superiores aceptan la entrevista.

Capítulo VI

La entrevista fue aceptada.

Y dos horas más tarde, cuando estaban navegando por alta mar en dirección sudeste, apareció el helicóptero, procedente de la costa, que ya hacía rato habían perdido de vista.

En la cubierta del yate, Brigitte, Haverman y los dos amigos de este, vieron aparecer el rutilante aparato poco después de haberlo oído: hacía tanto calor que una neblina blancuzca flotaba sobre las quietas aguas. Sorprendentemente quietas, en la cálida mañana sin la más leve brisa.

—Ahí llegan —dijo Haverman—… Esperemos que no tenga usted dificultades para subir al helicóptero, señorita Montfort.

—Me las arreglaré —dijo apaciblemente Brigitte.

Se pasó el asa del maletín por la muñeca izquierda, de modo que sus manos quedaron libres. De este modo, cuando el helicóptero, ya sobre el yate, dejó colgar una escala de cuerda, la señorita Montfort pudo asirse a esta con ambas manos. Y, ante el asombro de Haverman y sus amigos trepó por la escala de cuerda como si no hubiese hecho otra cosa en su vida; tan fácilmente, que cuando fueron a darse cuenta Brigitte ya estaba dentro del helicóptero, que inmediatamente comenzó a ganar altura.

Dentro del helicóptero había dos mujeres, ambas jóvenes y bonitas, de cuerpos rotundos y hermosos. Las dos eran rubias, de ojos claros, y vestían sendos monos de color azul plateado. Una de ellas estaba ante los mandos, y la otra, que iba en la parte de atrás, estaba manipulando en un extraño fusil, de grueso cañón, que Brigitte, sentada en la parte de delante, pero vuelta la cabeza, contempló con curiosidad, aunque no excesiva. No sería ella quien se sorprendiese por arma alguna. Y tampoco estaba alarmada, preocupada por sí misma: habría sido una estupidez subirla al helicóptero para dispararle con aquella especie de cañoncito.

La rubia del fusil la miró, sonrió secamente, y deslizó por el grueso cañón una granada alargada. Luego, simplemente, dijo:

—Preparada.

La otra viró, y el helicóptero se acercó de nuevo al yate *Star*, pero sin perder altura. La del fusil sacó el cañón de este por la ventanilla, apuntó durante unos segundos, y apretó el gatillo. Solo se oyó un metálico chasquido, y como un bufido… Un instante más tarde, el yate quedaba envuelto en una enorme llamarada que siguió a la potente explosión que casi lo partió por la mitad…

En cuestión de segundos, del yate *Star* solo quedaban algunos restos flotando en las quietas aguas.

La mujer piloto miró a Brigitte, y sonrió.

—¿Impresionada? —preguntó.

—Asqueada —replicó Brigitte—; eso no era necesario. Acaban de asesinar ustedes a seis personas.

—Debería estar usted satisfecha de ello: de este modo, no queda atrás nadie que sepa las extrañas aventuras que está viviendo la señorita Montfort.

—No es cosa que me preocupe —murmuró Brigitte.

—Yo creo que sí. Las investigaciones sobre usted están aportando sorprendentes informaciones. Puede dar gracias a ellas, pues de otro modo, usted se habría quedado en el yate.

—¿Qué clase de informaciones?

—Se han encontrado conexiones entre usted y la CIA. ¿Son ciertas?

—No.

—Será mejor para usted, porque la «Galaxia» no simpatiza con la CIA en absoluto. Frecuentemente, los intereses de una y otra son de lo más opuesto.

—No tengo nada que ver con la CIA.

—Mejor para usted, insisto. De todos modos, si miente lo sabremos muy pronto. Mientras tanto, permanezca quieta, o de lo contrario, Susan la matará. ¿No es cierto, Susan?

—Oh, sí, Mary, lo haré —dijo la otra, alegremente.

Brigitte volvió la cabeza, y vio a Susan empuñando ahora una pistola con silenciador que apuntaba a su nuca. Sin inmutarse, la espía más peligrosa del mundo se dedicó a mirar el mar.

Pocos minutos más tarde, comenzó a divisar tierra. Y otros pocos

minutos después, distinguió ya la gran ciudad costera, que identificó rápidamente: Atlantic City. Mary había manipulado en la radio del helicóptero, y estaba preguntando:

—¿Podemos aterrizar?

—Sí. ¿Todo realizado?

—Sin novedad. Traemos a la visitante.

La comunicación fue cortada. Los altos edificios de la avenida costera parecieron acercarse rápidamente. El helicóptero se dirigió hacia el más alto de ellos, en Atlantic Avenue, y se posó suavemente en la terraza helipuerto. Las aspas dejaron de girar, el aparato quedó silencioso. El viaje había terminado.

—Salga —ordenó Mary.

Brigitte saltó en primer lugar. Luego lo hicieron Susan y Mary. No había nadie en la gran terraza en la que destacaban dos altísimas antenas, una de ellas de televisión. Se dirigieron hacia una pequeña cabina metálica, cuya puerta abrió Susan. Entraron las tres, y la cabina descendió rápidamente y en silencio. Apenas unos metros. Salieron a un gran vestíbulo, en dos de cuyos extremos diagonalmente opuestos había dos pequeñas cámaras de televisión. Una de las puertas se abrió, y apareció un hombre, que se acercó sonriendo a las tres mujeres.

Era un sujeto menudo, delgado, de porte elegante y facciones muy correctas y serenas, de mirada apacible, amable. Sus cabellos eran abundantes y rizados, grises en las sienes. Brigitte le calculó unos cuarenta y cinco años.

—¿Qué tal, señorita Montfort? —Saludó cordialmente, tendiendo la mano, que ella aceptó—. Soy Fitzgerald Lamb. ¿Tiene la bondad de acompañarme?

Brigitte no se molestó en contestar. Caminaron ambos hacia la puerta por la cual había salido el llamado Lamb, y que había quedado abierta. Lamb cedió el paso a Brigitte, que entró en un despacho grandioso; frente a la puerta, al fondo, había un enorme ventanal que estaba orientado hacia el mar; de espaldas al ventanal, una mesa reluciente, y ante esta, dos sillones. Esto era todo lo que había en el magnífico despacho…, aparte del hombre que estaba detrás de la mesa, de pie, de frente a Brigitte.

Cuando llegaron ante la mesa, Lamb señaló al hombre, un gigante algo adiposo, pero impresionante. Calvo, con lentes, ropas

de primerísima calidad, facciones severas, ojos oscuros de mirada perforante. No parecía tener ni la milésima parte de la amabilidad que rebosaba en cada gesto de Lamb.

—Le presento al señor Pernell Merrywale, con quien parece debe sostener usted una interesante conversación.

—¿Qué tal? —murmuró Brigitte.

—Por favor, siéntese —dijo con tono seco Merrywale—… No te vayas, Fitz.

Fitzgerald Lamb asintió, esperó a que se sentase Brigitte en uno de los sillones, y él lo hizo en el otro. Pernell Merrywale ocupó el suyo tras la mesa. En el acto quedó claro que no era hombre que perdiese el tiempo.

—¿Cuál es su propuesta? —preguntó.

—Me gustaría saber antes si usted es lo bastante importante para escucharla, señor Merrywale.

Lamb emitió una levísima risita, que pareció irreal. Pernell Merrywale frunció el ceño, y replicó, secamente:

—Soy lo bastante importante para que si usted permanece en la «Galaxia» quede muy por debajo de mí, señorita Montfort.

—Eso no me da una idea clara de su importancia.

La respuesta de Brigitte también fue seca, y sin duda alguna, tan concreta como la de Merrywale, que frunció un poco más el ceño, miró a Lamb, y dijo:

—Fitz, llévala con Susan y Mary: que la ejecuten. La entrevista ha terminado, señorita Montfort. Buenos días.

Brigitte miró a Lamb, que se había puesto en pie, y la miraba con gesto amable. Luego, la espía miró de nuevo a Merrywale, se puso en pie, y se despidió:

—Buenos días, señor Merrywale.

Comenzó a caminar hacia la puerta, ante la estupefacción de Merrywale y Lamb, que cambiaron una mirada. Merrywale se puso en pie.

—Vuelva aquí —ordenó—… ¡Tiene usted muchos cojones!

Brigitte se volvió, y lo miró fríamente.

—No tengo ni uno solo, señor Merrywale, se lo aseguro.

Fitzgerald Lamb se echó a reír inconteniblemente. Merrywale le señaló el sillón.

—¡Vuelva a sentarse! Nadie ha pensado realmente en matarla…

todavía.

—Lo sé —asintió Brigitte, acercándose—… Tengo entendido que cuando se dispongan a hacerlo no será tan simple, sino que me torturarán.

—¿De modo que sabía usted que mi amenaza era falsa?

—Por supuesto.

—Está bien. —Merrywale volvió a sentarse, después de hacerlo de nuevo Brigitte—. Es usted inteligente y valiente. Cualidades muy estimadas en la «Galaxia». Pero, señorita Montfort, voy a aconsejarle que no lleve demasiado lejos su descaro: todo tiene un límite.

—Menos el universo…, en el cual cualquier galaxia es solo un insignificante puntito luminoso, por grande que sea.

Lamb lanzó una exclamación, y de nuevo rió, pero mirando a Brigitte con una expresión diferente. Merrywale había fruncido de nuevo el ceño.

—Su ingenio —dijo— quizá sea valorado debidamente en otro momento. Por ahora, lo único que nos interesa de usted es su propuesta.

—Antes de eso, quisiera hacer una pregunta que ya hice a Thomas Adley y al señor Haverman…, sin obtener respuesta. Quiero saber cómo me relacionaron ustedes con lo sucedido en Lausana hace unas semanas. ¿Cómo llegaron a la conclusión de que Tania Ploss era yo?

—Recibirá esa respuesta a su debido tiempo. Y, señorita Montfort, por tercera y última vez: ¿cuál es su propuesta?

—De acuerdo. Veamos… Ustedes querían evitar que los planes del presidente de Zailandia respecto a la nacionalización de sus minas de platino fracasasen, ¿no es así?

—En efecto.

—Eso es una estupidez.

Merrywale y Lamb se quedaron mirando fijamente a Brigitte.

—¿Una estupidez? —susurró por fin Merrywale—. Si lo que está usted tratando de conseguir es disculpar su desobediencia al escribir un artículo con un contenido opuesto al que se le indico, pierde el tiempo. Esos planes fueron cuidadosamente estudiados, y…

—Siguen siendo una estupidez.

—Mire, señorita Montfort…

—Un momento —cortó reposadamente Lamb—… Dejemos que ella hable. ¿Quizás a usted se le ha ocurrido algo mejor, señorita Montfort?

—Por supuesto.

—Estamos dispuestos a escucharla con mucho agrado.

—Muy bien. Según yo entiendo, la «Galaxia» tiene unas compañías mineras filiales que están explotando los yacimientos de platino de Zailandia. ¿Cierto?

—Cierto —asintió Lamb.

—Y como es lógico, esas compañías deben de estar pagando al gobierno de Zailandia unos determinados impuestos que gravan la suma total de beneficios, de los cuales, las compañías deben rendir cuentas al gobierno zailandés… ¿Cierto?

—Ciertísimo.

—Otra estupidez —dijo Brigitte—. Lo verdaderamente inteligente sería ayudar a que Zailandia consiguiese la nacionalización de sus minas de platino. Una vez realizada esa nacionalización, la «Galaxia» solo tendría que buscar en Zailandia un hombre adecuado, un hombre de paja dispuesto a obedecer. Encontrado ese hombre, se da un golpe de Estado en Tailandia, se coloca a ese hombre en el poder y a partir de ese momento las minas de platino serían prácticamente propiedad exclusiva de la «Galaxia»: nada de pagar impuestos, nada de rendir cuentas sobre los beneficios, nada de dar cualquier clase de explicaciones, porque la «Galaxia» no solo sería dueña de las minas, sino del poder total en Zailandia. ¿No es muchísimo más rentable eso que seguir un año o dos explotando las minas bajo el control del actual gobierno de Zailandia?

Cuando Brigitte terminó, los dos hombres parecían de piedra, fijos en ella sus desorbitados ojos. Por fin, Lamb pudo lanzar una ahogada exclamación, y Merrywale comenzó a tartamudear incoherencias. Brigitte tomó la caja de cigarrillos de sobre la mesa, encendió uno, y se quedó mirando con sonriente ironía a Pernell Merrywale.

—¿Y bien? —inquirió—. ¿Le sirve mi propuesta, señor Merrywale?

—¡Por todos los demonios! —exclamó Lamb—. ¿Cómo no se le ha ocurrido a nadie de la organización esa idea? ¡Pernell, esto es

inadmisible…!

—Un momento, un momento —tartamudeó todavía Merrywale —… La idea de la señorita Montfort no es tan fácil de realizar…

—Claro que no es fácil —cortó fríamente Brigitte—. Pero es más fácil y factible, y sobre todo infinitamente más rentable que la que tuvieron el señor Haverman y sus dos compañeros. ¿Dificultades? ¡Por supuesto que existen! Pero dígame cuáles son, y yo las iré resolviendo una por una… ¿Cuáles pueden ser? ¿Encontrar al hombre de paja? Eso es fácil: en todos los países del mundo hay traidores que venderían a su patria por dinero. Y no es dinero lo que falta en la «Galaxia», ¿verdad? ¿Armas? Podemos comprar todas las que hagan falta, y contratar mercenarios en cantidad suficiente, además de sobornar también buena parte de los mandos militares actuales de Zailandia… ¡Vamos, señor Merrywale…! Esto no es nuevo para la «Galaxia», creo yo. Según entendí durante mi estancia en Suiza, la «Galaxia» puede poner en marcha cualquier acción, pestes, sobornos, revueltas, asesinatos… ¿O fue una fanfarronada?

Merrywale sacó un pañuelo, y se lo pasó pulcramente por la frente. Miró a Lamb, que estaba mirando con extraordinaria fijeza a Brigitte. Y fue Lamb quien contestó:

—No era fanfarronada. Y sigo diciendo que es inadmisible que no se nos ocurriese a nosotros la solución que usted ha ofrecido.

—Al parecer —lo miró amablemente Brigitte— no tienen ustedes un personal lo bastante inteligente… hasta ahora. Bueno, estoy esperando una decisión de ustedes sobre mi propuesta y sobre mi persona. ¿Qué deciden?

Merrywale y Lamb volvieron a mirarse.

—Tengo que consultarlo —dijo Merrywale.

—Lo suponía. Consulte, entonces.

—Parece que para usted todo es fácil —sonrió Lamb.

—¿No lo es? Sería otra estupidez más el hecho de que ustedes no estuviesen comunicados con esferas superiores de la «Galaxia». Y comunicados bien y con rapidez, señor Lamb. Además, en la terraza he visto unas antenas que…

—Señorita Montfort —cortó Merrywale—, no se trata de cuestiones técnicas, ya que en ese aspecto estamos magníficamente preparados, sino de cuestiones físicas: no siempre se consigue

comunicación con la persona deseada en el momento deseado.

—Supongo que me está mintiendo, pero si eso es cierto, es otro error de la «Galaxia». Y grande.

—Me parece que tendrá que disculparnos, señorita Montfort —rio de nuevo Lamb—… En realidad, la «Galaxia» es una organización que está… ¿cómo diríamos?… en embrión. Digamos que está naciendo.

—Pues no le auguro un gran porvenir a esa criatura que está naciendo si no recibe mejor educación.

Merrywale quedó pasmado otra vez, y Lamb se echó a reír estruendosamente.

—Bueno —pudo decir finalmente, entre risas, estoy seguro de que el señor Merrywale se las arreglará para conseguir pronto ese contacto. Mientras tanto, supongo que quedo encargado de atenderla como se merece, es decir, como una valiosísima invitada.

—¿Debo entender que estoy… prisionera aquí?

—Invitada —insistió Lamb—. Solamente invitada. Lo que pasa es que no se me ocurre otro sitio mejor donde pueda usted permanecer mientras esperamos la respuesta. ¿Te parece bien, Pernell?

—Sí —murmuró este—. Cuídate de ella. Al parecer, «Galaxia» ha realizado una gran adquisición con la señorita Montfort.

—Y a propósito de ello —preguntó Brigitte—: ¿cuándo empezaré a cobrar mi sueldo? Creo que estoy ganándomelo, ¿no es así?

—Venga conmigo —pidió Lamb—. Si todo marcha bien, no tendrá usted ninguna queja de la «Galaxia», se lo garantizo.

Capítulo VII

Brigitte quedó instalada en un amplio y lujoso apartamento situado en el penúltimo piso del edificio, es decir, inmediatamente debajo de donde tenía sus oficinas Pernell Merrywale. Aparentemente nadie se molestó en vigilarla, pero de todos modos la espía no habría intentado la fuga de ninguna manera. El primer lugar, porque ella era la primera interesada en permanecer allí, en no abandonar su contacto con un personaje importante de la «Galaxia». Y en segundo lugar porque no se fiaba de las apariencias: podía parecer que no la vigilaban, pero ser todo lo contrario, en cuyo caso su intento de fuga no solo resultaba peligroso, sino que podía estropear todo lo conseguido hasta entonces.

Así pues, lo interesante era permanecer allí.

El apartamento tenía una bonita terraza en la que daba el sol, y, a falta de cosa mejor que hacer, Brigitte se dedicó a gozar de su relax favorito: tomar el sol, completamente desnuda, mientras dejaba vagar su mente en los más dispares pensamientos.

Considerando la altura y la situación de la terraza, nadie podía verla, a menos que pasase con helicóptero, cosa que por otra parte no podía ser frecuente. Sin embargo, si desde el exterior no podía ser vista, sí podía ser vista desde el interior del apartamento… Y eso fue lo que sucedió. Poco después de las cinco de la tarde, sin previo aviso, Pernell Merrywale apareció allí, abriendo con su propia llave. Llegó acompañado por Mary y Susan, que ahora vestían de calle, y no aquel llamativo uniforme azul plateado. Eran dos preciosas muñequitas, pero Brigitte las contempló fríamente…, como era costumbre en ella con los asesinos profesionales.

Un poco más adelantado que ellas en la terraza, Merrywale se dedicaba a contemplar, por su parte, el hermosísimo cuerpo desnudo que yacía cerca de sus pies sobre una gran toalla de baño. Un cuerpo espléndido, de piel dorada como el propio oro.

—Parece que se lo toma usted con calma —sonrió Merrywale.

—¿Usted no sabe llamar a una puerta, señor Merrywale?

Él sonrió, acercó un silloncito de mimbre pintado de blanco, y se sentó ante Brigitte, que si hasta entonces había estado tendida boca abajo, decidió no forzar más el cuello, y se sentó, sin empacho alguno. Sus bellos senos oscilaron elásticamente, y la mirada de Merrywale relució intensamente al verlos; luego, descendió hacia el vello púbico de la espía, perfectamente visible, pues ella había cruzado las piernas a estilo hindú.

—Es usted… extraordinariamente bella, señorita Montfort.

—Gracias, es usted muy amable. —Brigitte deshizo el moño que había formado con sus cabellos para que el sol le llegase también a la nuca, y movió la cabeza, soltando la hermosa melena negrísima —… ¿A qué debo el honor de su visita, señor Merrywale?

—Llámeme Pernell… He venido a traerle una buena noticia: su proposición ha sido aceptada. Aunque con algunas variantes.

—¿Qué variantes?

—Por el momento, nuestro personal en Zailandia está buscando al hombre de paja adecuado. Mientras tanto, se está procediendo a un breve estudio sobre la cesión de las minas al gobierno zailandés. La «Galaxia» ha decidido que nuestras compañías mineras pueden obtener no poco prestigio y afecto por parte de los zailandeses si se realiza esa cesión, pero no está dispuesta a actuar de modo sospechoso, y sería sospechoso si, sencillamente, cediésemos las minas y nos fuésemos de Zailandia. Por lo tanto, lo que se ha pensado hacer es ceder las minas, pero quedarnos allí atendiendo su explotación como simples empleados del gobierno de Zailandia. Esto no solo nos permite continuar con la explotación, sino que facilita mucho al gobierno la recuperación de las minas, al no exigírsele pago en efectivo alguno. Y todos contentos. ¿Le parece bien?

—Francamente, sí.

—Espléndido. Temía que también esta vez hubiésemos cometido algún error, que hubiésemos hecho algo que usted desaprobase.

—¿Debo entender, entonces, que las minas van a ser nacionalizadas, digamos en un plazo breve?

—Brevísimo. En Zailandia deben de ser ahora las once de la noche, más o menos… Pues bien, por la mañana comenzarán las

negociaciones; negociaciones que, dada la índole del asunto, serán rápidas y sencillas, ya que no parece que un gobierno al que se le regalan sus propias minas vaya a complicar las cosas. Como ve, la «Galaxia» se ha adelantado a las ofertas de cualquier gobierno que quisiera ayudar a Zailandia…, y que se cobraría cumplidamente el favor.

—¿Y la «Galaxia» no va a cobrarlo? —Sonrió secamente Brigitte.

—Usted sabe que sí, puesto que es la… promotora de la idea Pero ¿qué le parece si dejamos ya ese asunto, que está en perfecta marcha y que presenta una pronta y fácil solución?

—De acuerdo, iré a vestirme y…

—Oh, no… Me gusta tal como está. ¿Sabe, señorita Montfort?: ¡me ha excitado usted!

—¿Excitado? —Alzó las cejas Brigitte.

—Sexualmente, se entiende —señaló Merrywale groseramente su pantalón—… Y cuando yo me excito no estoy acostumbrado a privarme de la satisfacción de desahogarme. Y si no me cree, pregúnteles a Susan y a Mary.

Brigitte ni siquiera se molestó en mirarlas. Solo dijo:

—Yo no soy ni Susan ni Mary.

—Desde luego que no. Usted será solamente Brigitte, al menos durante un tiempo.

—¿Qué quiere decir?

—He solicitado que sea puesta a mi… servicio directo, y si bien todavía no tengo la respuesta —miró su reloj de pulsera—, que por cierto llegará pronto, no creo que se me niegue el placer de gozar de su tibio y encantador sexo hasta que sea destinada a empresas de otra índole. De modo que podemos empezar ahora mismo nuestras… agradables relaciones. ¡Fíjese usted en qué estado me ha puesto!

Merrywale había abierto sus pantalones, y mostraba su energía viril sin empacho alguno. Detrás de él, Susan y Mary emitieron sendas risitas, mientras Brigitte miraba inexpresivamente el miembro masculino, blandido con una grosería que en modo alguno parecía encajar con Pernell Merrywale.

¿La estaban sometiendo a alguna prueba… o realmente Merrywale era un hombre acostumbrado a satisfacer todos sus caprichos en el acto?

—Se ha puesto así usted solo —desvió Brigitte la mirada hacia los ojos del hombre—. Si hubiese llamado a la puerta, no me habría visto desnuda, y ahora estaría más tranquilo.

—Sea como sea —barbotó Merrywale—, la he visto desnuda… ¡y la deseo furiosamente! ¡Vamos, tiéndase en el suelo y colóquese en posición para recibirme!

—No pienso hacer semejante cosa.

—¿Ah, no? ¡Ahora verá!

Merrywale se puso en pie, y se quitó rápidamente los pantalones y los calzoncillos, dejando del todo al descubierto su condición masculina, en verdad excitado. Hizo un gesto obsceno, y se abalanzó sobre Brigitte, que se echó rápidamente hacia un lado. Merrywale cayó de bruces junto a ella, pero pese a su considerable obesidad, giró en el acto, y sus manos se clavaron como garras en los tersos muslos de la espía internacional cuando esta comenzaba a ponerse en pie. Inmediatamente, la empujó, y saltó sobre ella, aplastándola con su peso y buscando el camino para su virilidad, mientras sus manos aplastaban, estrujaban los turgentes senos de Brigitte.

Esta pasó sus brazos por entre los de Merrywale, los separó moviendo con fuerza los suyos hacia el exterior, y los movió de nuevo hacia el interior, con fuerza. Las palmas de sus manos impactaron sonoramente, una en cada oreja de Merrywale, que lanzó un berrido, dejó de estrujarle los pechos, y se llevó las manos a las orejas… Un escorzo fortísimo de Brigitte hizo salir a Merrywale rodando hacia un lado, y un instante más tarde, Brigitte estaba en pie junto a él, mirándole fríamente.

—No puedo creer que sea tan cerdo un hombre que…

—¡Sujetadla! —Aulló Merrywale—. ¡Sujetadla bien, porque voy a poseerla quiera ella o no quiera!

Brigitte se volvió velozmente hacia Susan y Mary, abandonando su actitud despectiva hacia ellas. Hizo bien, porque ambas rubias se disponían muy en serio a complacer a Merrywale, que comenzaba a incorporarse…

Susan fue la que llegó antes frente a Brigitte, disponiéndose a sujetarla por los brazos, pero la espía se la quitó de delante con toda facilidad, propinándole una simple bofetada, pero tan potente que tiró a la muchacha de espaldas, Mientras tanto, Mary llegó

junto a Brigitte, por un lado, y alzando su rodilla derecha, giró, propinándole un rodillazo en el vientre. Brigitte lanzó un resoplido de dolor, y se encogió un instante, que fue aprovechado por Mary para pasar tras ella y rodearla con sus brazos fuertemente, a la altura de los codos, gritando:

—¡Ayúdame a tenderla en el suelo, ayúdame! ¡Yo la sujetaré por…!

No solo la furibunda Susan se estaba poniendo en pie, sino que Merrywale, que ya lo había hecho, estaba ante Brigitte, y sus manos apretaron fuertemente sus senos, empujándola… La base del Judo es ceder a la fuerza del enemigo, utilizarla en propio beneficio. Así pues, la señorita Montfort, 4.º Dan de Judo, reaccionó como correspondía a su categoría en este Arte Marcial; cedió al empujón de Merrywale, pero no mansamente, sino buscando el modo de librarse del cerco de los brazos de Mary. Para conseguirlo, recurrió al movimiento de pierna llamado *o soto gari*: pese a estar de espaldas a Mary, lanzó su pierna derecha hacia atrás, la colocó detrás de la pierna derecha de Mary, y no solo cedió al empujón de Merrywale, sino que ella colaboró en el impulso, empujando con fuerza hacia atrás. Cazada por la pierna de Brigitte, Mary no pudo retroceder como intentó, sino que quedo frenada allí, pero cayendo de espaldas, con todo el peso de Brigitte encima. Se oyó el seco crujido de su cabeza contra el suelo, y sus brazos soltaron inmediatamente a la espía, que giró en el suelo, apartándose…, y vio cargando contra ella a Susan, crispado el rostro en una horrenda mueca de furia…

De nuevo el Judo, como medio automático de defensa… Cuando Susan saltaba sobre Brigitte, esta encogió la pierna derecha, recibió sobre la planta del pie el vientre de Susan, y, siguiendo el impulso de esta la hizo pasar sobre su cabeza, distendiendo entonces la pierna, para lanzarla lejos.

Y lo hizo, en perfecto *tomoe nage*.

Pero…

Pero, en el ardor de la pequeña escaramuza, Brigitte no reparó en que su cabeza estaba en dirección al borde de la terraza, y solo comprendió lo que iba a ocurrir cuando oyó el espeluznante grito de la rubia…, que desapareció hacia abajo tras pasar gritando y manoteando por encima de la barandilla de la terraza.

Su escalofriante grito se perdió bien pronto hacia abajo, y dejó de oírse. Todavía en el suelo y con la pierna derecha alzada en la última postura del *tomoe nage*, Brigitte quedó inmóvil, muy abiertos los ojos, que desvió rápidamente hacia Merrywale. Este había quedado no menos inmóvil, y estaba pálido como un muerto. De pronto, comenzó a correr hacia el borde de la terraza…

—¡No! —gritó Brigitte, poniéndose en pie—. ¡No se asome!

Merrywale se detuvo en seco, y se volvió a mirarla, con los ojos desorbitados, mientras Brigitte, corriendo hacia donde había dejado sus ropas, exclamaba:

—¡Cargue con la otra! ¡Tenemos que salir de aquí inmediatamente! ¡Y recoja la toalla, pronto!

Llegó a donde estaban sus ropas, y se vistió con una rapidez increíble, prescindiendo de las prendas íntimas, que sostuvo en una mano, mientras con la otra cogía el maletín rojo con florecillas azules estampadas.

Cuando se volvió a mirar a Merrywale, este se hallaba arrodillado junto a Mary, cuya cabeza sostenía en alto, como si se tratase de la de una insólita muñeca.

—¿Está muerta? —exclamó Brigitte.

—Sí… Sí, creo… creo que sí…

—Cargue con ella, de todos modos. ¡Vamos!

Pasó junto a ambos, y recogió la toalla de la terraza, para llevarla enseguida, sacudiéndola, al cuarto de baño. Cuando salió de este, Merrywale esperaba, con Mary en brazos.

—¡Vamos arriba! —Indicó Brigitte—. ¡Y usted no sabe nada de nada, ¿comprende?! Si le preguntan por ellas, son sus secretarias, y ya se habían marchado de su despacho… ¡Deprisa!

—Pe-pero…

—¡Deprisa!

Pernell Merrywale entró en la pequeña sala de descanso situada al otro extremo de la planta donde tenía su despacho. En la salita, Fitzgerald Lamb y Brigitte Montfort, que esperaban en silencio, lo miraron expectantes.

—¿Cómo ha ido? —inquirió Lamb.

—Bien… Creo que bien… Les he dicho que ellas se habían marchado ya, que habían terminado su trabajo, y que a veces, las

dos o una sola bajaban al apartamento de abajo, a descansar, o a escuchar música, o a recibir alguna visita… Parece que han aceptado que la caída de Susan ha sido un accidente…, pero se disponen a buscar a Mary.

Era ya de noche. Lamb, que había llegado con el helicóptero unos diez o doce minutos después de la caída de Susan desde la terraza, ni siquiera había hecho acto de presencia, ocultándose enseguida con Brigitte en aquella salita, tras aceptar la simple explicación que esta había sugerido a Merrywale para que este la diese a la policía… Y la policía, al parecer, había aceptado la explicación.

Pero…

Pero se disponían a buscar a Mary. Y, ciertamente, a Mary no la iban a encontrar, porque estaba oculta, ya fría, en el armario de aquella salita, y porque ya se habían tomado decisiones sobre su destino final. Decisiones que expuso Fitzgerald Lamb:

—Nos la llevaremos en el helicóptero un poco más tarde, cuando todo esté más calmado. ¿Seguro que la policía no sospecha nada?

—Seguro —asintió Merrywale, todavía pálido—… Tengo que ir por la mañana al Departamento, pero solo se trata de formalidades. Creo que tendré que firmar el informe del accidente, o algo parecido.

—Está bien —murmuró Lamb—… ¿Esta noche no van a necesitarte?

—No, no. Seguro.

—Entonces, vendrás con nosotros.

—¿Adónde? —exclamó Pernell.

—¿Adónde crees? —Gruñó Lamb—. Volaremos sobre el mar, y arrojaremos el cadáver de Mary. ¡No vamos a quedárnoslo aquí, ¿verdad?! Y luego iremos a Filadelfia, para consultar con el director general las medidas de seguridad que debemos adoptar a fin de prevenir cualquier posible complicación. Yo mismo te traeré de vuelta esta noche, en cuanto tengamos las respuestas concretas del director general.

—Sí, claro… Está bien.

Lamb consultó su reloj de pulsera.

—Será mejor que vuelvas a tu despacho. Te avisaré cuando sea el momento oportuno para llevarnos a Mary.

—Sí… Hasta luego.

—Y ten mucho cuidado con lo que dices a quienquiera que se le ocurra preguntarte algo aunque sea por teléfono.

—Sí, descuida… Descuida.

Merrywale abandonó la salita, y Lamb y Brigitte cambiaron una mirada. Luego, Lamb volvió a consultar su reloj, y ambos se dispusieron a esperar.

Casi dos horas más tarde, por el teléfono interior, Lamb avisó a Merrywale de que había llegado el momento. Sin preocupación alguna, ya que toda la planta estaba destinada a las oficinas que Merrywale dirigía, y que se hallaban completamente vacías de personal en aquel momento, entre Brigitte y Lamb sacaron el cadáver de Mary al pasillo, donde se reunieron con Merrywale, el cual ocupó el lugar de Brigitte para ayudar a Lamb a trasladar el cadáver. Tampoco en la azotea había ni podía haber nadie ajeno a la «Galaxia», de modo que no hubo problema alguno. Colocaron a la muchacha en la parte de atrás, y Lamb miró a Brigitte.

—Sería demasiado pedirle que supiese pilotar un helicóptero, ¿verdad, señorita Montfort?

—Sé hacerlo.

—Magnífico. Háganos una pequeña demostración, por favor Ya sabe que vamos hacia el mar. Pernell y yo nos dedicaremos mientras tanto a lastrar el cadáver con cualquier cosa. ¿Seguro que sabe…?

Brigitte ni siquiera contestó. Se limitó a colocarse ante los mandos, puso en marcha el helicóptero, y se elevó. Abajo fue quedando el alto edificio desde el cual había caído la rubia Susan quedando convertida en papilla. Las luces de los restantes edificios, y de la amplia avenida, también fueron quedando atrás rápidamente. Frente a ellos, la negrura del mar. Encima, las estrellas.

Sin inmutarse, sin hacer pregunta alguna. Brigitte estuvo pilotando mar adentro, como ajena a todo. Por fin, cuando estuvieron va sobre aguas de cuya profundidad no podía caber la menor duda, oyó las voces de Merrywale y Lamb. Volvió la cabeza, y los vio a ambos empujando fuera del aparato el cadáver de Mary, que, debidamente lastrado, desapareció pronto en el vacío, hacia las negras aguas relucientes.

—Bueno —jadeó Merrywale—, ya podemos regres…

Aunque de reojo, Brigitte vio perfectamente cómo la mano derecha de Lamb, provista de una palanqueta o algo parecido, se alzaba sobre la cabeza de Merrywale, para descender enseguida, con terrible contundencia. El golpe resonó extrañamente, y Merrywale hubiese caído al mar si Lamb no le hubiese sujetado con la otra mano. Brigitte volvió más la cabeza, y las miradas de ambos se encontraron, relucientes. Pero ninguno dijo nada. La espía se aplicó de nuevo a los mandos, mientras Lamb procedía a lastrar también el cuerpo del desvanecido Pernell Merrywale…, que tres o cuatro minutos más tarde saltaba también hacia las negras aguas.

Fitzgerald Lamb pasó por encima del asiento, y se sentó junto a Brigitte.

—¿Quiere que me encargue yo de los mandos? —se ofreció.

—No hace falta. ¿Rumbo a Filadelfia?

—No, no… Eso fue solo para engañar a Pernell. Siento haber hecho eso, pero no había más remedio: era demasiado comprometido dejarlo a disposición de las preguntas de la policía.

—Sin duda. Pero seguramente, le harán preguntas a usted.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Bueno, si usted también trabaja en esas oficinas con Merrywale…

—¡Claro que no! —exclamó Lamb—. Yo no trabajo ahí, y además era la primera vez que estaba en ellas, en honor a usted. Quería conocerla personalmente…, y por el momento, no me arrepiento de ello.

—Es usted muy amable, señor Lamb. Dígame: ¿dónde estuvo usted esta tarde?

—Estuve con el director general, naturalmente, como usted ya habrá adivinado. Decidimos poner en marcha el plan de usted, y luego volví para buscarla.

—¿Pero no para llevarme a ver al director general?

—No. Todavía no… Pero es muy posible que pronto lo conozca. Realmente, usted está resultando una persona… extraordinaria en todos los sentidos. Tengo la certeza de que la «Galaxia Corporation» va a obtener muchos beneficios de su colaboración.

—Esperemos que yo pueda decir lo mismo. Bien… ¿adónde vamos ahora?

Fitzgerald Lamb titubeó durante unos segundos. Luego, dijo:
—Será mejor que me ceda el puesto. Yo pilotaré.
—Como guste.

Capítulo VIII

—¿Ha pasado buena noche? —Sonrió Lamb.

Brigitte, que había mostrado su asombro con un gracioso gesto al ver aparecer en su dormitorio a Lamb con una bandeja que contenía el desayuno, se estiró voluptuosamente.

—Muy bien, gracias. ¡He dormido como una niña!

Lamb sonrió de nuevo, mientras sus ojos recorrían el cuerpo de Brigitte, que no era precisamente el de una niña. Había dormido solo con una chaqueta de pijama masculino que él le había prestado. Una chaqueta que le venía larga y ancha, pero que, al desperezarse ella, subió su borde inferior hasta la mitad del vientre, dejando totalmente al descubierto su rizado vello sexual… Y fue allí, tras contemplar los rotundos muslos de seda y oro, donde se detuvo la mirada de Lamb, que acabó por murmurar:

—Quizás habría que disculpar el impulso de Pernell.

Ella se miró el vello, y luego volvió a mirar a Lamb, con cierta sorpresa.

—¿Sabe? —dijo—: Me sorprendió bastante que anoche no pretendiese usted lo mismo que él. ¿No soy de su agrado?

—Por supuesto que sí. Pero, al parecer, mi inteligencia en estos asuntos es superior a la de Pernell: tengo la teoría de que estas cosas resultan mucho más placenteras cuando el deseo, o al menos el entendimiento, es mutuo. ¿Tiene apetito?

—Regular. ¿Puedo saber ahora dónde estamos?

—En algún lugar de América —sonrió Lamb una vez más.

Brigitte alzó las cejas. Acto seguido salió de la cama, y se acercó a la ventana del dormitorio, asomándose a ella. Afuera y abajo se veía un jardín bien cuidado, y una piscina. Eso era todo.

La noche anterior habían descendido con el helicóptero en aquel jardín, cerca de la casa de dos pisos en la que se hallaban ahora… Pero, de pronto, ahora vio algo más: dos hombres.

Dos hombres con mono azul, que caminaban por el jardín despaciosamente, conversando. Cada uno de aquellos hombres llevaba un cinto con una pistola en funda cerrada.

Se volvió hacia Lamb.

—¿Estamos en el… cuartel general?

—Oh, no, ni mucho menos. Solamente en un punto de relax.

—¿Relax? Acabo de ver a dos hombres armados.

—Hay seis en total. Precisamente, son ellos los que garantizan el relax de los que venimos aquí.

—Muy acertado. ¿Saben ellos quién soy yo?

—No. Tranquilícese: cuando una persona interesa a la «Galaxia» nos ocupamos de que su colaboración sea secreta. No vamos por ahí gritando los nombres de nuestros colaboradores.

—Me parece muy bien. ¿Puedo ducharme o tenemos prisa para algo?

—No tenemos ninguna prisa.

Brigitte asintió, y entró en el cuarto de baño, donde procedió a ducharse. La noche anterior, Lamb había pilotado describiendo algunas vueltas y cambios de dirección absurdos, alargando el viaje y mirándola de cuando en cuando. Pero la espía más peligrosa del mundo se había guardado muy bien de demostrar que sabía perfectamente, gracias a la posición de las estrellas, que la ruta definitiva era siempre hacia el noroeste. En otras palabras: habían volado hacia Filadelfia, y no debían de estar muy lejos de esta ciudad. Muy bien.

Terminó de ducharse, se envolvió en una toalla, y salió al dormitorio, donde procedió a desayunar, en compañía de Lamb, conversando apaciblemente ambos. En determinado momento, la toalla se desprendió de las axilas de Brigitte, y se deslizó de modo que el pecho de aquel lado quedó al descubierto. Lamb se quedó mirándola, pero ella se limitó a colocarse de nuevo la toalla, sin darle mayor importancia… Sí le dio importancia poco después al quitarse la toalla y quedar completamente desnuda ante Lamb unos segundos, antes de proceder a vestirse, como si no reparase en la mirada de él, que recorría el cuerpo con mal contenida avidez, valorando debidamente la esplendidez de aquel cuerpo, la bella forma de los senos, las nalgas, los muslos, las caderas, los hombros… Cada vez que Brigitte se movía y los pechos oscilaban

dulcemente, Lamb apretaba un instante los labios…

Pero se mantuvo firme, pasivo, y Brigitte pudo vestirse sin contratiempo alguno.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Tenemos que esperar. ¿Juega usted al ajedrez?

—Medianamente.

—Bueno, quizá los dos aprendamos algo si dedicamos la mañana a ello. Ella se acercó, le echó los brazos al cuello, y se quedó mirándolo sonriente.

—¿Eso es todo lo que quieres de mí? —susurró—. ¿Jugar al ajedrez?

—Tomaré de ti lo que quieras darme.

Ella se quedó mirándolo aún más fijamente. Despacio, acercó su boca a la de él, y lo besó. Fitzgerald Lamb puso sus manos en la cintura femenina, y fuego las fue deslizando hacia arriba, hasta llegar a los pechos, que apretó suavemente. Brigitte apretó su vientre contra el de él, y enseguida percibió la masculina respuesta… Entonces, se apartó.

—Perdona —murmuró—… No pretendía… La verdad es que por ahora, me conformo con esto, Fitzgerald. Será mejor que bajemos al salón, o sala de juegos, o lo que sea. Oh, pero antes tengo que arreglarme un poco…

—No lo necesitas —sonrió Lamb, forzadamente.

—Todas las mujeres necesitamos un toquecito de algo por la mañana; especialmente las que ya tenemos más de dieciocho años.

Lamb se echó a reír.

—Fregaré los platos —dijo, acariciando los tersos senos de Brigitte por encima de la ropa—, y te estaré esperando en el salón con el tablero preparado. ¿Blancas o negras?

—Preferiría las negras.

—¿Las negras? ¿Por qué?

—No veo qué tiene de malo el color negro. Es un color diferente al blanco… y al azul, y al rojo, eso es todo.

—De acuerdo.

Lamb recogió la bandeja, y abandonó el dormitorio. Brigitte esperó unos segundos antes de dirigirse adonde la noche anterior había dejado su maletín. Allí seguía, sin novedad alguna. Lo abrió, y se quedó mirando su contenido… ¿Eran tan verdaderamente

ingenuos los de la «Galaxia»…, o le estaban concediendo la oportunidad de que ella misma se traicionase utilizando los trucos del maletín? Agarró este y se dirigió al cuarto de baño…

Durante aquel día jugaron al ajedrez, se bañaron en la piscina, pasearon por el jardín, que era enorme y que, más allá de los límites de flores, mostraba una gran extensión de pinos que rodeaba la casa completamente, aislándola en el centro del bosque. El helicóptero había sido escondido en un cobertizo, y había dos coches en el garaje. En efecto, la espía contó hasta seis hombres pululando por allí, impávidos, como ajenos a todo lo que pudiera suceder en la casa Y en la zona del jardín, pero muy atentos al círculo amplísimo de pinos.

Después de cenar estuvieron escuchando música, sentados en sendos sillones. Lamb la miraba con frecuencia, expectante, pero Brigitte parecía no darse cuenta…, y también ignoró el gesto ansioso de él cuando, finalmente, se despidieron en el piso de arriba. Cada uno entró en un dormitorio, y eso fue todo.

El segundo día fue más o menos lo mismo: ajedrez, paseos, música, baños en la piscina, conversación, lectura… Si alguien deseaba unos días de auténtico relax, ciertamente aquel era un lugar magnífico. Solo que, para Fitzgerald Lamb, el relax se estaba convirtiendo en una tortura, pues la belleza de Brigitte le parecía más radiante a cada segundo que pasaba. Su agitación iba en aumento, pero la divina espía parecía no darse cuenta. Así pues, cuando se despidieron también en el pasillo del piso alto aquella noche, ella se limitó a sonreírle y entrar en su dormitorio. Estaba ya desnuda, poniéndose la chaqueta del pijama prestada, cuando la puerta se abrió, Lamb entró, se acercó a ella, le arrancó la prenda de las manos, y la tiró lejos. Inmediatamente, rodeó la cintura de Brigitte, con fuerza, y jadeó:

—No puedo soportarlo más… Lo siento.

—No te preocupes —susurró ella dulcemente—… Creo que si no hubieses venido tú esta noche…, habría ido yo.

Lamb lanzó una exclamación ahogada.

—¿Eso es cierto? —inquirió ansiosamente Brigitte se abrazó a su cintura, y se apretó contra él, ofreciéndole el cálido contacto de su vientre.

—¿Por qué habría de mentirte? Si no desease lo mismo que tú,

solo tendría que decírtelo, y te marcharías, ¿no es así? Pero no voy a hacerlo… ¡Eres tan diferente a Merrywale! Sé que soy una mujer hermosa, tan hermosa que todos los hombres me desean. Y son siempre los más ricos, y los más apuestos, los que vienen a buscarme… Parecen… ridículos pavos reales, exhibiendo unos su dinero y otros su belleza masculina, pretendiendo impresionarme… Y eso es lo que más me disgusta de los hombres: su afán de impresionarme, cosa que tú no has pretendido en modo alguno y en ningún momento.

—Brigitte…

—Unos creen que por su dinero, y otros por su guapura, me van a tener rendida en sus brazos… Pero yo prefiero… algo mucho más suave, más cálido, más humano… Fitzgerald, te agradezco tanto que me hayas tratado con tanta delicadeza estos dos días…

—Brigitte… ¡Brigitte, querida…!

Ella le besó en los labios, y luego susurró:

—Lo que siento… es que quizá después de esta noche, nos separarán, Fitzgerald. Quizá nos dejen permanecer juntos un día más, o unos cuantos, pero al final, la «Galaxia» ordenará que cada uno trabajemos por un lado. ¡Y eso, ahora que siento por ti…!

—Brigitte —tembló la voz de él—… No te preocupes por eso, mi vida, no… Yo lo arreglaré. ¡Yo lo arreglaré todo! No… no tendrás que separarte de mí si no lo deseas…

—Eres tan amable y cariñoso conmigo, Fitzgerald… ¡Tan delicado y atento! Ven… Ven conmigo…

Tiró de él hacia la cama, pero Lamb, que todavía estaba a medio desvestir, se desasió de la mano de ella, y terminó de desnudarse. Para entonces, Brigitte estaba tendida en la cama, y le abría los brazos, sonriendo dulcemente.

—Fitzgerald —suplicó—…, ¡no me abandones ahora!

Fitzgerald Lamb despertó con las primeras luces del día, y enseguida se quedó mirando el desnudo cuerpo que yacía junto a él. Se acercó, y besó los pechos de Brigitte, que gimió dulcemente, abrió los ojos, y, al verlo, sonrió y se abrazó a su cuello, en silencio.

—¿Estás bien? —susurró Lamb.

—Como nunca en mi vida. ¿Qué hora es? ¿Tenemos que levantarnos?

—¿Por qué lo preguntas? —Sonrió él.

—Bueno… Ya que estamos despiertos… y juntos…

Lamb se deslizó entre los muslos de Brigitte Montfort, que se abrazó a su espalda.

De nuevo aquello… ¡De nuevo aquella sensación de no estar haciendo nada que mereciese ser recordado! Su mirada estaba fija en el techo mientras Lamb jadeaba sobre ella, feliz como nunca en su vida. Pero Fitzgerald Lamb se habría muerto de espanto en aquel mismo momento si hubiese podido seguir los pensamientos de aquel cerebro femenino que solo estaba ofreciendo la materia, y que, mientras él se derramaba con toda sinceridad, ella fingía, lejos de allí mentalmente, haciendo cálculos sobre lo mucho que esperaba obtener a cambio de tan poco como estaba dando…

Y sin embargo, Lamb aulló de placer cuando le llegó su ola vital y notó que también le llegaba a ella, a Brigitte, a aquella espléndida e inteligente mujer que se había enamorado de él…

—Eres maravillosa —susurró Lamb, luego.

—Solo soy feliz —le acarició ella—… ¡Y he sido feliz tan pocas veces, Fitzgerald! No es cierto que las mujeres hermosas tengamos siempre lo mejor. Creo que eso lo tienen las que son menos agraciadas, pues ellas reciben auténticos sentimientos. En cambio, las mujeres hermosas, solo recibimos pasiones, lujuria, nunca podemos estar seguras de que nos están amando realmente.

—Brigitte, no digas eso… ¡Yo sí te amo!

—Te creo —murmuró ella—. Pero ¿por cuánto tiempo?

—No puedo saber eso… ¡No puedo saberlo, pero en este momento sí sé que te amaría toda la vida!

Ella le acarició el rostro.

—Sí… Eres tan sincero y delicado, Fitzgerald… Bueno, no quiero amargarme estos instantes de mi vida pensando en lo que puede depararme el futuro. Soy feliz ahora, y basta. ¿Qué vamos a hacer el día de hoy?

Hicieron lo mismo de los dos días anteriores. Pero, finalizando la tarde, hubo una novedad: Lamb dejó sola a Brigitte sentada junto a la piscina, y entró en la casa, en pos del hombre que había acudido en su busca. Cuando regresó, había una expresión de triunfo en sus inteligentes ojos.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó—. ¡Tenemos ya el hombre de paja en Zailandia!

—¡Estupendo! —exclamó entusiasmada Brigitte, incorporándose vivamente—. ¿Quién es?

—Un tal Okolo Danko… Según me han informado por la radio, ni siquiera habría sido sorprendente que no tardando mucho ese Danko lo hubiese intentado por sí mismo. Parece que estaba preparando algo, y se ha puesto a bailar de alegría cuando nuestros representantes le han ofrecido armas y mercenarios en las cantidades que precise… Brigitte, tengo que marcharme.

—¿Marcharte? ¿Adónde? ¡Pero si todo está en marcha, tú no tienes que…!

—Hay que informar de ello al director general, para que este distribuya las órdenes y la información a todos los centros mundiales de la «Galaxia Corporation».

—Ah… ¿Vas a ver al director general? ¡Fitzgerald, llévame contigo!

—No… No puede ser… Lo siento.

Brigitte se quedó mirando fijamente a Lamb, con expresión que pretendía ser serena, pero Lamb vio en el fondo de los maravillosos ojos azules que tanto amaba ya, aquel destello de amarga decepción, incluso de reproche. Pero la maestría de la agente *Baby* llegaba mucho más allá.

Así que de pronto, esgrimió una sonrisa forzada.

—Está bien… Te comprendo, querido. Yo… te estaré esperando aquí.

—De verdad lo siento, Brigitte.

Ella sonrió de nuevo forzadamente, y Lamb regresó hacia la casa, mientras dos hombres sacaban el helicóptero del cobertizo. Lamb salió de la casa unos diez minutos más tarde, y fue directo hacia donde Brigitte permanecía inmóvil, mirándole.

—Vas a venir conmigo —refunfuñó.

—Fitzgerald, no quisiera que por mi culpa…

—No te preocupes. Vamos.

Un par de minutos más tarde, el helicóptero se elevaba, con Lamb a los mandos. Junto a él, la señorita Montfort, alias *Baby*, se preguntaba quién y cómo sería el director general de la «Galaxia Corporation».

Las luces de una ciudad importante aparecieron apenas veinte minutos más tarde. Y otro minuto después, Brigitte identificaba la

ciudad: Filadelfia. Todavía otro minuto después, el helicóptero se posaba en la terraza de uno de los edificios más altos… Pero esta vez, no descendieron solo un piso, sino que el velocísimo ascensor los llevó hacia el sótano, que estaba dividido en dos secciones. En una de ellas había unos cuantos automóviles. La otra, a su vez, estaba subdividida en tres compartimientos. Uno de ellos correspondía a una sala de recibo, en la que había un hombre corriente, que no parecía estar armado. La otra dependencia era un gran despacho, en el que había otro hombre, alto, impresionante, poderoso, de mirada escalofriantemente perspicaz, que se posó con total inexpresividad en Brigitte.

—No sabía que ella tuviese que venir, Lamb —dijo con una escalofriante voz neutra, como húmeda.

La esperanza de encontrarse finalmente ante el director general de la «Galaxia» se desvaneció en Brigitte cuando oyó la respuesta de Lamb al otro hombre:

—Viene a conocer al director general, con el que tengo que despachar todo este último asunto…, que ha sido idea de ella.

—Está bien. Siempre has sabido lo que hacías. Adelante.

El hombre pulsó un botón, y Brigitte y Lamb salieron del despacho al corto pasillo…, en cuyo fondo se había abierto la tercera y última puerta, que Lamb señaló. Tomó del brazo a Brigitte, y entraron en el tercer compartimiento del sótano no destinado a estacionamiento.

Había allí varios hombres, no menos de ocho o diez, algunos como enjaulados en departamentos de aluminio y cristal, trabajando activamente, al parecer por separado…, pero Brigitte comprendió en el acto que todos trabajaban en conjunto, todos sirviendo al enorme monstruo que ocupaba más de la mitad de la estancia: el formidable ordenador electrónico compuesto de varios aparatos que, juntos, debían de formar un cerebro electrónico de los más modernos y potentes del mundo.

Fitzgerald Lamb señaló el gigantesco ordenador, miró a Brigitte, y, sonriendo, dijo:

—Te presento al director general de la «Galaxia Corporation».

Capítulo IX

—¿Sorprendida?

—Maravillada —murmuró Brigitte, sin dejar de mirar el enorme ordenador—… ¡Es increíble! Pero, Fitzgerald, una máquina no puede dirigir una organización como la «Galaxia»…

—Sola, no. Pero sí puede hacerlo manejada por un equipo de hombres bien preparados que a su vez, es dirigido por un… especialista en computadoras de todas clases.

—¿Tú? —Se volvió a mirarlo Brigitte.

—Sí. Te diré cómo funciona el director general, y lo haré con sencillez, para no aturdirte. En primer lugar, tienes que saber que tenemos, repartidos en lugares estratégicos del mundo, otros ordenadores, no tan potentes como este, pero lo suficiente para estar dentro de su radio de acción. De este modo, toda la información, disposiciones y órdenes que son introducidas en el director general, pasan automáticamente a los demás ordenadores de todo el mundo. O sea, más claro todavía: este ordenador, el más grande, forma parte de todo el conjunto de ordenadores de la «Galaxia», cualquiera de los cuales puede obtener toda la información que precise de cualquier tema que, inicialmente, haya sido introducido en este, es decir, en el director general. De este modo, no tenemos problemas de ninguna clase… Te pondré un ejemplo que comprenderás bien, pues se trata de ti misma.

—¿De mí? ¿Quieras decir que el director general me conoce?

—Exactamente. Pero déjame explicarte… Hace unas semanas, nuestro ordenador de Berna informó al director general de que había habido serios contratiempos en una de nuestras empresas, llamada Chemical Centrum, la cual hubo que destruir con todos sus servidores, por culpa de cierta mujer llamada Tania Ploss[3]. Entonces…

—Espera un momento. ¿Cómo podían saber los servidores del

ordenador de Berna que la culpa la tenía Tania Ploss?

—Veamos… Tania Ploss estaba prisionera en el Centrum, junto con otras muchachas. Ella había sido la última en llegar, de modo que cuando dos enviados especiales de la «Galaxia» fueron al Chemical Centrum para atender un contratiempo, supieron que Tania estaba allí. Aquellos dos hombres, que utilizaban los nombres de Albert y Peter, examinaron las pertenencias de Tania Ploss, y, al parecer, les llamó la atención parte de esas pertenencias, ya que ellos eran exagentes de la MVD soviética, y estaban familiarizados con ciertos trucos. De modo que informaron por sus radios de bolsillo de que Tania Ploss era un personaje interesante, y que iban a interrogarla… La siguiente noticia que se tuvo del Chemical Centrum fue la señal de alarma, y entonces, desde el ordenador de Berna se desencadenó la explosión y en definitiva el incendio del Centrum, cosa que fue fácil, ya que estaban tomadas las medidas hacía tiempo; esto era para el caso de que las cosas pudieran complicarse alguna vez. Y como así fue, se destruyó el Chemical Centrum y todo lo que contenía…

—Incluso seres vivos.

—Sí, incluso seres vivos. No quedó ni rastro de nada que pudiese servir a la policía suiza, que, al parecer, por medio de una agente había conseguido llegar hasta el Centrum, y, todo ello, rastreando a la doctora Hilde Funke y al doctor Ludwig Baldus. Motivo por el cual, también estos fueron eliminados. Pareció que la cosa, aunque con pérdidas considerables para la «Galaxia», podía quedar zanjada así, pero, el director general no se conformó con eso. ¿Y sabes por qué?

—No. ¿Por qué?

—Porque el director general había recibido desde el ordenador de Berna la información facilitada por Albert y Peter, en el sentido de lo… interesante que era la rubia señorita Tania Ploss, que muy bien pudiera haber muerto en el incendio. Aun admitiendo esto, el director general tenía una información que había que atender. Y era la siguiente: dentro del maletín de Tania Ploss, entre otras cosas, se había encontrado cuatro pasaportes, ninguno de los cuales correspondía a Tania Ploss, sino a otras cuatro mujeres. Sus nombres: Monique Lafrance, francesa; Nora Tisdale, británica; Galina Cherkova, rusa…, y Brigitte Montfort, norteamericana.

Asombroso, ¿no es cierto?

—No veo por qué.

—Oh, vamos… ¿Por qué crees que hemos tardado semanas en buscarte? ¿Crees que hemos estado perdiendo el tiempo? No, querida: hemos estado tratando de localizar a alguna de esas cuatro mujeres. Nuestros servicios han trabajado en el Reino Unido, en Francia, en Rusia…, y en Estados Unidos. Y mientras que en ninguno de los tres primeros se ha encontrado rastro de la Cherkova, la Tisdale o la Lafrance, aquí, en Estados Unidos, la señorita Brigitte Montfort, periodista. Premio Pulitzer, famosa, bella, admirada, etcétera, etcétera, fue detectada con toda facilidad. Así que nos preguntamos: ¿qué es realmente la señorita Montfort? ¿Cómo es posible que lleve cuatro pasaportes, tres de ellos obviamente falsos? ¿Cómo y por qué intervino en el asunto del Chemical Centrum con el nombre y el aspecto de Tania Ploss…?

»Y así muchas otras preguntas. De modo que decidimos ocuparnos de la señorita Montfort. Nuestra conclusión es que la señorita Montfort lleva mucho tiempo llevando una existencia… extraordinaria, siempre viajando, siempre activa… Aparece y desaparece. ¿Qué es la señorita Montfort? ¿Solo una activísima periodista? El director general piensa que no…

—¿Piensa? ¿Tú crees realmente que esta máquina piensa?

—Al menos, reacciona conforme a la información que se le facilita, cosa que muchas personas no saben hacer. Está programado de tal modo que sus reacciones son siempre lógicas. Y esas reacciones son enviadas en forma de órdenes a los demás ordenadores distribuidos en todo el mundo. Por ejemplo, si yo ahora introdujese en el director general el informe de que Fitzgerald Lamb era un traidor a la «Galaxia», la consecuencia inmediata sería que el director general impartiría a todo el mundo mi sentencia de muerte. Eso es lógica pura, ¿no? Y así, con todo. Tanto si el director general envía información, como si los demás ordenadores la solicitan, siempre se obtiene una conclusión lógica: matar al traidor, comprar tales acciones de Bolsa, vender tales otras, sobornar a tal personaje, asesinar a tal otro… Siempre, siempre, siempre, el director general facilita o imparte la orden que se desprende de la información que ha recibido. Y la orden es recibida en todo el mundo… y cumplida…

—Esto, por ejemplo, significa que todos los demás ordenadores de la «Galaxia» tienen la información adecuada sobre Brigitte Montfort.

—En efecto. Aunque incompleta por ahora, ya que seguimos investigándote. No obstante, hay una cierta tendencia por parte de nuestro muy eficiente y lógico director general a pensar que Brigitte Montfort es una agente de la CIA.

—Y eso ¿por qué?

—Porque el director general ha analizado toda una serie de sucesos relacionados con la CIA, y ha llegado a la conclusión de que la señorita Montfort, en determinadas fechas y ocasiones, no estuvo muy lejos de los lugares donde se producían esos acontecimientos. Y por otros detalles más: eres amiga del presidente de Estados Unidos… Y no me refiero al actual, sino del *presidente*, sea cual sea el hombre que esté en el cargo. Tus artículos periodísticos están basados en conocimientos que no parecen al alcance de un simple periodista. Y, en algunas ocasiones, has sido vista en el edificio de la Central de la CIA en Langley. Finalmente, nuestro director general ha hecho una… sugerencia asombrosa: ¿podría ser Brigitte Montfort la fabulosa espía internacional de altísimos vuelos conocida con el nombre de «*Baby*»? De comprobarse esto, significaría sin más tu inmediata sentencia de muerte…, querida.

—¿Me has estado engañando? —susurró Brigitte.

—Como tú a mí —sonrió cortésmente Lamb—. Ni más, ni menos.

Brigitte se llevó una mano a la frente, y su voz tembló:

—No… no me encuentro… bien… ¿Me permites… ir al cuarto de baño, por favor?

—Naturalmente, querida. Comprendo que el miedo te haya originado esa… necesidad fisiológica. Además, no hay peligro alguno en que vayas al cuarto de baño a… desahogar tu miedo.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy simple. En todo momento, menos ahora, has estado acompañada de tu maletín rojo con esas bonitas flores azules. Nosotros ya sabemos que ese maletín contiene diversos trucos, gracias a la información que en Berna facilitaron Albert y Peter a nuestro ordenador de allí. Si hubiésemos tenido entonces la información de que, casi con toda seguridad, trabajas para la CIA,

no habríamos recurrido a ti, sino que te habríamos matado y en paz. Pero aún no habíamos recibido esa sugerencia del director general, de modo que cometimos el error de intentar… absorberte para la «Galaxia». Sin embargo, tú y tu maletín habéis estado vigilados en todo momento. Has sido lo bastante astuta para no recurrir a la radio en ningún momento desde que llegaste al yate *Star*, y has hecho bien, porque siempre has estado vigilada electrónicamente. Eso significa que sabemos que no has hecho contacto con amigos tuyos, como queda demostrado por el hecho de que, durante los tres días que hemos permanecido en la quinta, nada ha ocurrido. Tampoco desde la quinta llamaste, evidentemente, pues lo habríamos detectado enseguida. Y puesto que esta vez has hecho el viaje hasta aquí sin tu maletín, no tienes ninguna posibilidad de contacto, y nadie sabe dónde estás ni dónde has estado estos tres últimos días. De modo, querida, que puedes ir a orinar tu miedo. Con mucho gusto te acompañaré al cuarto de baño.

Brigitte Montfort se tambaleó, llevándose de nuevo una mano a la frente. Fitzgerald Lamb la tomó amablemente del brazo, y la guio hasta los servicios, dejándola ante la puerta.

—Cuando termines, reúnete conmigo… Ah, y no intentes ninguna tontería: hay varios hombres aquí dentro, como puedes ver, y varios de ellos están armados. Sería una estupidez que tú misma provocases tu muerte. Hasta luego.

—¿Qué piensas… hacer conmigo? ¿Vas a informar al director general de que soy *Baby*, para que él traslade esa información a todas vuestras sucursales en todo el mundo?

—¿Me crees tan loco? —exclamó Lamb.

—¿Loco? No te comprendo…

—Lo comprenderás enseguida. Si yo informase de que, en efecto, la señorita Montfort es la agente *Baby*, la alarma cundiría en toda la «Galaxia Corporation», no solo por tu propia personalidad de peligrosa espía, sino porque todos comprenderían que, de un modo u otro había ocurrido lo que tanto temíamos: que nos habíamos enfrentado a la CIA. Se produciría una desbandada, un caos terrible… No, no informaré de eso al director general. Por el contrario, le informaré de que ha quedado comprobado que la señorita Montfort es simplemente una periodista inteligente y

ambiciosa que ha aceptado trabajar a nuestro lado, y que por tanto, todo va bien. A todos los efectos, serás un miembro de relativa importancia de la «Galaxia», un miembro fiel, naturalmente.

—Eso significa…, que no piensas matarme…

—Te equivocas de nuevo, querida. Cuando haya terminado mi trabajo de hoy aquí, volveremos a la quinta, donde permanecerás conmigo complaciendo mis deseos sexuales hasta que me canse de ti y te mate personalmente. Y te aseguro que la muerte de la señorita Montfort, si bien será lamentada en la «Galaxia», no provocará caos alguno. Y ahora, perdóname, pero tengo cosas que hacer. Orina tu miedo, siéntate por ahí, y cuando termine volveremos a la quinta. Sé buena chica —Lamb sonrió cariñosamente—…, y ve pensando qué sofisticadas diabluras sexuales puedes proporcionarme, porque cuanto más tiempo me hagas gozar, más tiempo vivirás.

Fitzgerald Lamb dio media vuelta, y se alejó, dejando a Brigitte *Baby* Montfort ante la puerta de los servicios.

Casi hora y media más tarde, Lamb se acercó a la silla en la que había permanecido Brigitte, sin moverse, desde que saliera del cuarto de baño. Con Lamb llegaban dos hombres más, quienes, sin decir palabra, ataron a la espalda las manos de Brigitte, y luego sujetaron sus pies con una cadena que solamente le permitía dar cortos pasitos.

—Una pequeña precaución que espero comprendas —sonrió Lamb.

Tres minutos más tarde, el ascensor se detenía en el pequeño descansillo ante el último corto tramo de peldaños que llevaba a la terraza. Lamb ayudó a caminar a Brigitte hasta los escalones, y luego torció el gesto cuando comprobó que, debido a la cadena que sujetaba sus pies, ella no podía subir por sí misma. Lamb sacó la llave que abría el sólido candado que sujetaba la cadena, pero vaciló, y finalmente volvió a guardársela en un bolsillo. Se colocó ante Brigitte, la asió por los muslos, y ella, comprendiendo, se dejó caer hacia delante, quedando sobre el hombro derecho de Lamb, que subió hacia la azotea sin más complicaciones.

Las complicaciones surgieron arriba, ya en la azotea.

Apenas Lamb hubo puesto los pies en ella, dos hombres

aparecieron ante él, provocándole un fuerte respingo. Dos hombres vestidos con monos negros, y cada uno de los cuales empuñaba una potente pistola provista de silenciador, y con las que apuntaron al rostro de Lamb desde poco más de un palmo.

—No se mueva —ordenó uno de los hombres—. No mueva ni siquiera una pestaña, o le vuelo la cabeza. Simón, ocúpate de ella.

Lamb oyó movimiento hacia los lados y por detrás de él. Fue aligerado del peso de Brigitte, y oyó la voz de esta:

—Él tiene en un bolsillo la llave del candado.

La llave fue retirada del bolsillo de Lamb, se oyó ruido de cadenas. A Ios pocos segundos, la señorita Montfort quedaba frente a Fitzgerald Lamb, libre de pies y manos, frotándose las muñecas, reluciendo las luces de Filadelfia en sus ojos, que mostraron una fría sonrisa. Tan fría, que Lamb se estremeció, abandonando así su inmovilidad de estatua.

—¿Informaste de que yo no soy *Baby*, y de que soy… adicta a la «Galaxia»…, querido? —preguntó la divina.

—Sí… Sí, sí…

—Muchísimas gracias. Eso me permitirá seguir viviendo tranquilamente si, por casualidad, quedase algo en pie de la «Galaxia» cuando yo haya terminado con ella.

—¿Terminar con la «Galaxia»? —Lamb lanzó una agria carcajada—. ¡Estás loca!

—Bueno, también te parecí toca, o al menos tonta, al meterme en todo esto sin respaldo alguno, ¿verdad? Y en cambio, toda la terraza está llena de compañeros míos de la CIA.

—Pero ¿cómo han llegado aquí, cómo han sabido…?

—Han llegado, supongo, en helicóptero. Pero no han aterrizado en la terraza, ya que eso habría provocado la alarma, quizás. Lo que han hecho ha sido lanzarse en paracaídas desde un helicóptero. ¿No es cierto, Simones?

—En efecto —asintió uno de los hombres.

—¿Ves qué fácil…, querido? —Sonrió de nuevo la espía más implacable del mundo.

—Pero ¿cómo supieron que tú estabas aquí?

—Oh, me han tenido detectada en todo momento, por medio de un pequeño emisor que llevaba en el estómago, y cuyo alcance es especial, gracias a un buen amigo de la Central de la CIA. Siempre,

siempre, siempre, mis Simones han sabido dónde estaba yo. Pero, mientras el emisor fuese funcionando, significaba que mi cuerpo seguía caliente, y que por lo tanto, yo estaba viva… y trabajando a mi manera, en solitario, lo que es mi norma a menos que surjan emergencias como esta. De modo que cuando surgió esta emergencia, fui al cuarto de baño, con tu amable permiso, y… me desprendí del emisor de señales. En cuanto salió de mi cuerpo, dejó de funcionar. Y como para entonces, mis compañeros ya sabían dónde estaba exactamente, vinieron aquí, a ver qué me había ocurrido. ¿Ves qué sencillo es todo…, querido?

—Eres una zorra… ¡Eres una maldita zorra!

—No me molesta que me compares con un animal. Como dijo alguien famoso, pero cuyo nombre no recuerdo ahora: cuanto más conozco a los seres humanos, más me gustan los animales. Muchachos: ¿serán tan amables de atar a este caballero con las cuerdas y la cadena que utilizaron conmigo?

Dos hombres de la CIA emprendieron rápidamente tan sencilla labor, mientras Lamb, demudado el rostro, seguía ante la amenaza de las armas…, y la fría mirada de Brigitte Montfort.

—¿Qué piensas hacer ahora? —Gruñó.

—Destruir la «Galaxia», naturalmente.

—¡Estás loca! —Rio de pronto Lamb—. ¡Jamás conseguirás eso! ¡Ni siquiera sabes quiénes son los demás, ni dónde están, ni cómo llegar hasta ellos…!

—Yo no, pero el director general sí lo sabe…, amor.

—¿Qué? —El rostro de Lamb quedó blanco como leche—. ¿Qué… qué estás… diciendo?

—Me arriesgué mucho y te entregué mucho con tal de llegar hasta el director general. Y lo he logrado. Yo siempre lo logro todo. Pensaba que era un hombre, en cuyo caso, lo habría matado. Pero ¡qué desilusión, el director general es solo una máquina…, una estúpida máquina!

—¿Es… estúpida…? ¡Es un ordenador que vale…!

—Es una máquina estúpida que destruirá ella misma toda la «Galaxia». Dentro de muy poco, mis compañeros tomarán el sótano utilizando gases narcóticos. Luego, llegarán expertos de la CIA para los que todos tus aparatitos de abajo no tienen secretos. Estudiarán todo el contenido del director general, analizarán las informaciones

que posea, obtendrán todos los datos de todos los centros y miembros de la «Galaxia» en todo el mundo… ¡Se enterarán de todo, gracias a tu estúpido director general, que no sabrá mantener la «boca» cerrada! Y cuando esos expertos tengan toda la información que la Central solicite, yo daré la última orden a tu director general. Es decir, muchas órdenes, a cuál más absurda y contradictoria, de modo que ni siquiera hará falta que la CIA intervenga directamente contra la «Galaxia», ya que esta se destruirá a sí misma, se harán pedazos unos a otros… en cuanto el director general, bajo mis órdenes, empiece a lanzar acusaciones de traición de unos y otros, y órdenes de muerte, y órdenes de disolución de todo el tinglado en Berna, en Paris, en Londres, en… en todos vuestros centros de control, El caos será tal que dudo mucho que alguien de la «Galaxia» sobreviva a sus compañeros, a las órdenes de vuestro estúpido director general. ¿Me has entendido bien?

—No puedes hacer… eso —tartamudeó Lamb—… ¡No puedes!

—¿Quieres decir que no es técnicamente posible?

—Sí… Eso sí, pero… ¡no puedes hacerlo!

—¿Por qué no?

—¡Morirán muchas personas…!

—¿Eso te preocupa… ahora? Vamos, Fitzgerald, vamos… ¿No es la «Galaxia» la que tiene poder para organizar pestes, revueltas, guerras, asesinatos, investigaciones científicas peligrosas? ¿No es la «Galaxia» la que dispone de vidas ajenas? ¿No es la «Galaxia», sin ir más lejos, la que organizó el asunto de Berna, en el que utilizaba jóvenes embarazadas, a las que secuestraba para experimentar con ellas drogas y medicamentos que les hacían parir hijos monstruosos? ¿No es la «Galaxia», en fin y por ejemplo, la que está dispuesta a organizar una guerra civil en Zailandia para colocar en el poder a su hombre de paja, el tal Okolo Danko? Los dos sabemos que sí es la «Galaxia» la que proyecta y realiza esa clase de cosas, así que no te preocupes por los empleados de la «Galaxia» que mueran: lo tendrán merecido… Igual que Okolo Danko, quien en este momento queda condenado a muerte por mí. No vivirá para intentar nada. ¿Algo más…, querido?

Fitzgerald Lamb abrió y cerró varias veces la boca, pero ningún sonido brotó de ella. Frente a él tenía una mujer que iba a destrozar

una complejísima y poderosa organización que había querido someter a millones de personas a sus propios intereses, caprichos y placeres. Y para ello, ni siquiera necesitaba armas: le bastaba su inteligencia… y la estupidez del director general de la «Galaxia Corporation».

Este es el final

—La lástima —murmuró Miky Grogan, cuando Brigitte terminó la explicación— es que no podamos utilizar eso para publicarlo. Brigitte… ¿O sí podemos? —añadió rápidamente, esperanzado.

—Me temo que no, Miky —negó Brigitte, la divina—… Sería poner en evidencia al *Morning News*.

—¿En evidencia? —Se desconcertó Grogan—. ¿Qué quiere decir?

—Creo —intervino Charles Alan Pitzer, que, junto con Frank Minello asistía a la reunión en el apartamento de Brigitte— que lo que Brigitte trata de decir es que si el *Morning News* publicase eso, se haría impopular… para otras multinacionales.

—De alguna de las cuales, posiblemente, forma parte el *Morning* —añadió Brigitte.

—Pe-pero ¿qué… qué dicen…?

—No quiero decir con eso —sonrió Brigitte— que la multinacional que está tras el *Morning* tenga unos proyectos tan decididamente criminales como la «Galaxia», Miky. Pero, evidentemente, nuestro periódico forma parte de una multinacional. Tengo la esperanza de que sea una multinacional… egoísta y explotadora, pero no básicamente criminal. Porque si así fuese…

Brigitte se calló, y Pitzer, Grogan y Minello se quedaron mirándola. Ella ocupaba el centro del sofá, como siempre, instalada en su lujoso apartamento como una reina en el salón del trono. Los tres hombres, ocupando sendos sillones frente a ella, se cansaron de esperar, y por fin, Minello gruñó:

—Bueno, ¿terminas o no? Si así fuese, ¿qué?

—Destruiría a esa multinacional —deslizó suavemente Brigitte Montfort— tal como destruí a la «Galaxia»…, y destruiré a todas las multinacionales que pretendan seguir la línea de la «Galaxia».

—Esa sería una labor muy difícil y complicada, Brigitte —murmuró Pitzer—… No es lo mismo enfrentarse a unos cuantos espías que al poder de una multinacional: la harían pedazos.

—Sí —dijo Brigitte, fríamente—: eso es lo que pretendía la «Galaxia»…, y ya no existe. Todo lo más, quedan algunas diminutas estrellas vagando desconsoladas en un cielo muy oscuro.

—No hay que sobrevalorar nuestras propias fuerzas —insistió Pitzer.

—No estoy haciendo eso. Pero si me he pasado buena parte de mi vida luchando contra el mal, no voy a acobardarme ahora. ¿Conoce usted alguna multinacional que merezca una buena reprimenda, tío Charlie?

—No lo sé —casi rio Pitzer—. Y si la conociera, quizá no se lo diría… ¡Son huesos demasiado duros de roer!

—Para usted, que es viejecito y lleva dentadura postiza, pero no para mí.

—¡Yo no llevo dentadura postiza! —protestó Pitzer.

—Claro que no —intervino maliciosamente Minello—… ¿Cuándo se ha visto un buitre comedor de carroña que lleve dentadura postiza?

—¡Ya empezamos! —Farfulló Pitzer—. ¿Es que no puede pasar un solo día sin meterse conmigo, maldito sea?

—¿Quién es maldito? —Aulló Minello—. ¿Yo?

—¡Usted!

—¿Yo? ¿Yo, yo, yo…? ¡Pues le voy a decir lo que es usted, viejo buitre desdentado! ¡Usted es…! —De pronto miró a Brigitte, y preguntó—: A propósito, reina de la belleza mundial y celestial, ya que hablamos de malditos: ¿qué fue del tal Fitzgerald Lamb?

—Lo llevé con el helicóptero hacia el mar, le metí una bala en el corazón, y lo dejé caer.

La respuesta hizo palidecer a Minello, a Grogan, e incluso a Pitzer, que quedaron como petrificados, esperando que Brigitte desmintiese sus palabras, que todo fuese una broma, que hubiese otra explicación… Pero la señorita Montfort, impávida, se limitó a alzar su copa de champaña y beber un sorbito.

—Zambomba —murmuró por fin Frank Minello—… ¡Le estuvo bien empleado!

—Sin duda alguna, Frankie —asintió Brigitte, mirándolo

cariñosamente—: a los bichos como ese, no se les puede dejar vivos.

—No, si no me refería a eso… Me refería a que ese Lamb debía de ser tonto de remate, ya que se atrevió a jugar a los angelitos contigo.

—¿A los angelitos? —Se sorprendió Brigitte.

—Sí, sí… Él te tomó por un angelito tonto y bueno…, y se encontró con que fuiste el angelito… que le abrió la puerta del infierno.

—Eso debe de ser —sonrió Brigitte Montfort— porque él hizo la pregunta con malos modales, Frankie.

FIN

Notas

[1] Véase la novela anterior, titulada *Ataúdes de cristal*, aventura de Brigitte totalmente independiente, pero con insospechadas repercusiones en la actual. < <

[2] Nueva referencia a la novela anterior, *Ataúdes de cristal.* < <

[3] Nueva referencia a la aventura *Ataúdes de cristal.* < <